

The book cover features a dark blue background with a white border. The top half is a solid dark blue with several white, multi-pointed stars scattered across it. Below this, a lighter blue area depicts a night sky with a crescent moon on the left and several stars. The bottom half of the cover is dominated by stylized, wavy blue lines representing water. A dark silhouette of a person in a small boat is positioned in the lower right of this water area. At the bottom center, there is a stylized white logo resembling the letters 'SL'. In the bottom right corner, a white banner with a blue border contains the text 'Lectulandia' in a blue serif font.

Hernán Lara Zavala
Macho Viejo

SL

Lectulandia

En esta novela reflexiva Hernán Lara Zavala explora el efecto de la madurez y de la vejez en la vida de un hombre bueno y honesto.

Por el autor de Península, península.

El doctor Ricardo Villamonte nunca había visto el mar, pero tras establecerse en Puerto Marinero, pronto le aprendió los secretos. En ese pueblo remoto encontró amigos, pacientes, mujeres, una esposa, hijos, aventuras... una vida. Muy pronto, los lugareños empezaron a conocerlo como "Macho Viejo", y con el tiempo su edad le hizo justicia al apodo.

Macho Viejo supo hacerse amigo de los peces, efectuar operaciones prodigiosas, disfrutar de la contemplación del mar, dormir con sueño, comer con hambre y hacer el amor con ganas, pero un día siente que el espíritu de la juventud y la mejor parte de los placeres se le van escapando. Sabe que hay un cangrejo agazapado dentro de nosotros y algún día puede atenazarnos, y que en todo caso a la muerte no le faltan recursos: el machete vengativo, el accidente brutal, el tiburón sigiloso, o simplemente, que las apáticas estrellas se olviden de nosotros.

Lectulandia

Hernán Lara Zavala

Macho viejo

ePub r1.0

SoporAeternus 03.05.16

Título original: *Macho viejo*
Hernán Lara Zavala, 2015

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



A Gonzalo Celorio.
Y por supuesto, para Aída.

Entonces, a la orilla del vasto mundo
me quedo solo y pienso que
el amor y la gloria en la nada se hunden.

JOHN KEATS

Hay placer en los bosques sin senderos
Hay éxtasis en la costa solitaria
Está la soledad donde nadie se inmiscuye
Por el océano profundo y la música
con su rugido.

LORD BYRON

Hacia ti se elevaba una ola
Surgida del fondo del pasado.

RAINER MARIA RILKE

Lo que me queda de mi futuro
forma parte de mi pasado.

HENRY MILLER

I

La vida, la vida, la vida... le parece oír a Macho Viejo mientras lo envuelve el rumor de las olas, contempla el mar y percibe lo salobre, marisco, yodado de la brisa: ir y venir, flujo y reflujo, ola y resaca, pleamar y bajamar, eterno vaivén, duna móvil que aparece, crece, se acerca y rompe espumosa para deslizarse amable sobre la arena. Agua sobre agua, sobre agua, que se revuelve y gira como rueda de la fortuna también capaz de levantarse en gigantescas montañas furiosas que rugen y claman violencia, crueldad, destrucción y muerte: la vida, la vida, la vida... hágase la vida, hágase a partir del mar, del mar, del mar, bajo en el reino del océano que bulle, rebulle, estremece y se pierde bajo el esplendor del sol y aun así las olas siguen batiendo noche y día. Las mareas te llevan a pensar sobre el infinito, pues no cesan, como el infinito que te evocaba aquella frase sobre el infierno: «pierdan toda esperanza... para toda la eternidad», aunque ahora sabes que no haya más eternidad que la de la muerte ni más infierno que el que se puede padecer en vida.

El libro de la naturaleza: ineludible reflejo de lo visible y lo invisible. El mar: reloj palpitante que marca el paso del tiempo y con su cadencia arrulla sueños de espuma al acariciar la arena. El mar: vastedad que descifra el mundo, desierto húmedo, vivero subterráneo, fauna pródiga, palabra impregnada de sal con sabor a ostras y efluvios de sexo, evocación de la vida misma. ¿Por qué los mariscos son afrodisíacos? Porque saben a mar. Mundo de agua, esfera líquida, planeta azul, azul pintado de azul, azul lleno de luz, azul el cielo, azul el mar, azul el mundo pletórico de sol, zafiro descomunal que brilla modestísimo en la infinitud del universo, *el alma suelta en azul*.

Así como el inmenso mar se mueve y se renueva incesante, también tus experiencias, Macho Viejo, a veces buenas y otras no tanto. Sumergirse en el mar de la memoria, el mar del tiempo, el mar de los afectos, el mar de las palabras que reconstruyen recuerdos y vivencias y secretos. Y al contemplar el mar no puedes sustraerte del Ser de la creación, del Hacedor, quien quiera que sea y donde quiera que se encuentre, porque Dios está en el alma y el alma está en Dios, como el mar está en los peces y los peces en el mar. El mar: alma de la Tierra.

Parte de su vida la había trazado el mar aunque sus emociones cambiaron poco a poco hasta casi desaparecer, como el sol cuando descende una tarde cualquiera o cuando el río trisca la montaña, se remansa, se aquieta y desemboca para integrarse en plena comunión con el océano. *Felices los ojos que han visto lo que tú has visto en estos mares, Macho Viejo. ¿Triste vida? Tal vez para algunos, acaso para los más. ¿Y para ti, Macho Viejo? Tienes razón: no hay mal que por bien no venga ni bien que su mal no traiga, ni edificio que no se caiga ni cosa que fin no tenga; el universo acabará por derrumbarse, todas las bendiciones y todos los males son momentáneos, parciales, finitos.*

Y hasta el alma fenece cuando la vida se acaba. Extrañas a Rosa, ¿no es cierto? Ah, cómo la extrañas. ¡Pero oye tú! ¡Macho Viejo! ¿Qué haces ahí tristeando, sumido en tus vanas esperanzas, en tus amoríos tan vividos como olvidados, en tus aventuras, tus miedos, tus anhelos, tus goces y sufrimientos? Cuando joven lo ignorabas, Macho Viejo, pero tu destino ya estaba marcado: la medicina, el mar y Rosa, tu mujer.

Ah el mar, Macho Viejo, el mar... siempre diferente, siempre cambiante, siempre el mismo... en movimiento... como la vida, la vida, la vida.

II

«Macho Viejo», como conocía todo el mundo al doctor Ricardo Villamonte en Puerto Marinero, se encuentra leyendo un antiguo número de la revista *Técnica Pesquera*, que dirige su amigo Rodrigo Moya, en la mesa del pequeño bar y restaurante La Conchita bajo una palapa frente al mar mientras bebe una cerveza y un mezcal y percibe cómo el corazón se le va socavando poco a poco. ¿Viejo? Cierto, lo es, aunque él no se sienta así. Pero cuando se mira en el espejo le viene a la mente aquel versito sobre la vejez:

La arruga miente,
la cana engaña
pero el vello en la oreja
ni duda deja.

Tiene el pelo entrecano y una pancita cervecera propia de la edad; el vello de su pecho ya se tornó grisáceo aunque todavía tiene partes negras, pero no, no te sientes viejo pero mucho menos macho. Tú, que fuiste un hombre delgado hasta poco antes de los cuarenta transitaste como la madre tierra: te fuiste achatando por los polos y ensanchando por el Ecuador. No, no eres gordo sino simplemente corpulento, robusto, embarnecido, como corresponde a tu edad de hombre. Pasaste de *demi-captain* a ser un Capitán hecho y derecho. ¿Y macho? ¿Acaso te consideras macho? Menos aún, pues has conocido el miedo, la vergüenza y hasta la cobardía. Pero eso sí, ya consciente de ellos, has intentado superarlos aunque no siempre con éxito.

Pero, a ver dime, ¿qué haces evocando la vida, el amor, el sol, los cielos, la tierra, los animales, las palabras, la muerte y la divinidad a través del mar?

Desde la muerte de Rosa su gran aliciente lo ha constituido el mar, gran amigo y compañero. Cuando llegó a Puerto Marinero, más de cuarenta años atrás, no imaginó que su naturaleza disfrutaría del ambiente marino. Hay hombres de tierra, de agua, de aire y hasta de fuego y también existen los sedentarios que no quieren salir de casa y prefieren quedarse solos y a sus anchas al calor del hogar, bajo techo y muy bien protegidos.

Macho Viejo nació lejos del mar, así que nunca le pasó por la mente que con el tiempo se convertiría en amante del mar. Cuando llegó a Puerto Marinero aprendió, entre los pescadores del pueblo, a cortar las olas, a sumergirse, a pescar con anzuelo, palangre y atarraya desde la orilla.

Pero al adentrarse por primera vez en las profundidades del océano sintió una descarga de energía por todo su ser y una enorme atracción hacia ese mundo submarino tan vasto, movedizo, misterioso, indescifrable que le inyectaba una fuerza

descomunal que cambió por completo el rumbo de su vida. *Así te aficionaste, Macho Viejo, a meterte al mar cada vez que disponías de tiempo después de la consulta, a medio día o al atardecer.*

Un día le avisaron que había llegado a Marinero una avioneta con un grupo de turistas franceses, cuatro hombres y dos mujeres en un viaje exploratorio para recorrer la costa y buscar los mejores lugares para bucear. El grupo pidió hablar con Macho Viejo, una de las «personas de razón» del pueblo. Tenía fama de apoyar a quien lo necesitara y querían que los guiara hacia los mejores lugares para bucear y pescar. Por los diversos recorridos que tenía que hacer para atender a sus pacientes de los alrededores de la costa, Macho Viejo conocía bien la zona y se encargó de llevarlos a las bahías más recónditas. Ese fue su rito de iniciación. El grupo buceaba con aletas y visor y, como herramienta de pesca, se servía de un arpón, instrumento entonces desconocido entre la gente de ahí. Lo más impresionante fue que con ese sencillo y ágil equipo tan pronto se adentraban en el mar sacaban muchos más peces de lo que los lugareños jamás imaginaron. Después de haber recorrido la zona durante una semana entera, los visitantes se volvieron en la avioneta que los había traído desde la ciudad de México, felices de sus hazañas y de haber conocido lugares tan hermosos como insólitos. Antes de partir el guía del grupo, un tal *monsieur* Larois, le obsequió a Macho Viejo sus aletas, su visor y su arpón, así como algunas varas, a manera de agradecimiento por la ayuda que les había brindado. A partir de entonces Macho Viejo empezó a bucear y pescar provisto del equipo que le permitía sacar todo tipo de peces. Para entonces ya estaba casado con Rosa y vivía en una modesta casita al pie de una colina con vista al mar que él había construido con apoyo de los pescadores del pueblo, al lado de la cual había levantado otro cuartito donde acondicionó su consultorio. Todos los días salía a pescar y regresaba con capturas tan abundantes que Rosa se hartó de comer pescado a diario y Macho Viejo se vio en la necesidad de regalar todo lo que extraía del mar gracias a su arpón. Empezó a partir de entonces a utilizar el arpón más como arma de defensa o seguridad que como utensilio de pesca.

Pero al océano hay que guardarle respeto, máxime si se le designa como «Pacífico» y llega a tener una profundidad que alcanza los cuatro mil metros, con poderosas corrientes que recorren la totalidad del planeta. ¡Qué miedo, carajo! La ciencia, la técnica, la experiencia, nada pueden frente a la imbatible fuerza del mar. Y eso lo supo tan pronto se inició en el buceo, pues aunque aprenda a capotear las olas hay ocasiones en que hasta el mejor nadador puede sucumbir. Dicen que en la vida hay siempre una ola al acecho, fuera o dentro del mar, y que cuando llega el momento nos arrastra, nos zarandea y puede aniquilarnos. Esa ola puede nacer en cualquier lugar y viaja tersa y silenciosa hasta que llega a su destino. Un día te encontrabas nadando en Punta Zicatela cuando, sin darte cuenta, las corrientes te empezaron a jalar mar adentro. De súbito te viste muy alejado de la playa y, consciente de que el mar te seguiría arrastrando, empezaste a nadar pensando que podrías regresar sin

mayor dificultad. Sentiste la resaca y un jalón imponente, con lo cual se anunciaba el arribo de una gran ola. Al mirar hacia atrás descubriste que un enorme muro de agua se aproximaba a ti, amenazante. Intentaste cortarlo. Demasiado tarde: la ola se te había echado encima sumergiéndote, arrastrándote, revolcándote y jalándote hacia el fondo. En tu lucha por salir a flote una segunda ola te sorprendió y te volvió a revolcar haciéndote tragar más y más agua hasta que perdiste la sensación de espacio y tiempo. Y así siguieron tres, cuatro y cinco olas más. Quedaste inconsciente. Creíste que te morías. Afortunadamente, en ese momento el mar se calmó y tu cuerpo inerte se dejó arrastrar hasta que finalmente el oleaje te dejó tendido sobre la arena, vomitando agua, semiahogado, asfixiado, tosiendo y tratando de jalar aire. Cuando por fin pudiste recobrar el aliento no se te ocurrió otra idea que exclamar: «¡Cabrón mar! ¡Cabronas olas!». Pero también descubriste que al mar hay que tenerle respeto pero no miedo, pues él sabe más que tú y si no te dejas amedrentar él solo te sacará de problemas.

III

—¿Es usted el médico? —lo saca alguien de sus cavilaciones.

—Así es, ¿para qué soy bueno?

—Venimos a pedirle su apoyo —dice uno de ellos y le tiende una carta.

A sus sesenta y cinco años Macho Viejo, de estatura media, de barba sal y pimienta —más blanca que negra—, de postura todavía erguida, cabello ondulado y mirada clara, coge el papel y lo lee de pie frente a los forasteros, pues todavía lee sin gafas. Él, que había instalado su modesto consultorio a un lado de su casa antes de quedarse viudo hacía ya más de quince años, y tal vez para no tener que recordar a su esposa a la que tanto amó, pasaba la mayor parte del tiempo en el consultorio y solo entraba a la casa para dormir, comer e ir al baño, pues la instalación de sanitarios en el pueblo había sido una de sus contribuciones a la población.

En principio a Macho Viejo le habían apodado simplemente «El Viejo», a pesar de que ni siquiera había cumplido treinta años cuando llegó a Puerto Marinero, a causa de sus canas prematuras en el cabello y la barba. Amigos y pescadores empezaron a llamarlo «El Viejo», luego simplemente «Viejo» y sin saber cuándo ni por qué, le fueron endilgando el sobrenombre de «Macho» hasta que logró hacerlo más suyo que su propio nombre. Aunque no se había recibido, Macho Viejo estudió la carrera de medicina en la Universidad de México y sus conocimientos e intuición le bastaron y sobraron para ejercer dignamente la profesión en esas tierras tan dejadas de la mano de Dios. Cuando llegó de joven al Puerto se instaló en la casa de un vecino al que le rentó un cuartito con vista al mar que le sirvió de casa, atalaya y consultorio.

Puerto Marinero era entonces una pequeña población de casitas de palma y piso de tierra, propiedad sobre todo de indios y negros, más cinco o seis casas de mampostería con techo de teja que pertenecían a «la gente de razón» —como les decían los lugareños a los de raza blanca—, además de la pequeña iglesia de la Soledad y de la cantinucha-restaurant La Conchita, con unas cuantas palapas frente a la playa, donde Macho Viejo se encuentra ahora.

Tus consultas te dieron fama y prestigio como médico atinado, Macho Viejo: esperabas a tus pacientes en tu escritorio leyendo, estudiando, admirando el mar.

Abandonas estas cavilaciones y lees el oficio de las autoridades del estado solicitándote que acompañes al agente rural hasta Charco Redondo para que cures a un herido de machete.

—El paciente está muy grave, doctor, y tenemos que salir ahora mismo si no queremos llegar demasiado tarde —comenta el agente.

—Esperen un momento, voy por mis cosas —dice Macho Viejo. Poniéndose de pie se dirige hacia el consultorio a recoger su botiquín y empacar una muda de ropa. En la vida cotidiana del puerto, el doctor se había acostumbrado a atender a todo tipo

de víctimas de la violencia: heridos de bala, machete, gente severamente golpeada en el ámbito familiar, mujeres y niños incluidos, y también accidentes de trabajo.

Vuelve a caballo con su maletín y su sombrero y sigue a los agentes por senderos perdidos. Es septiembre. Ha llovido mucho. La brecha que recorren está completamente anegada y el río, a punto de reventar. Los caballos a veces tienen que chapotear, a veces hay que desmontar y, en ocasiones, hasta desensillarlos para que puedan cruzar los vados. En la región, brava y peleona, es común que en las fiestas, celebraciones y convivios se beba mezcal a raudales y se juegue a las cartas y a los dados y se baile hasta altas horas de la noche. Los hombres, intoxicados por el alcohol, muchas veces pelean a machetazo limpio por las acaloradas apuestas, por rencillas o por asuntos de faldas, ofreciendo un sanguinario y siniestro espectáculo. Cuando eso sucede nadie intenta separarlos, salvo que llegue la autoridad con suficientes hombres y armas de fuego, pues de otro modo quien interviene puede recibir un machetazo sin deberla ni temerla, dado que el pleito solo acaba cuando uno de los contendientes queda a merced del otro gravemente herido o simplemente muerto. La violencia era moneda corriente en la zona, y como no existía cárcel propiamente dicha, muchas veces las autoridades de Puerto Marinero inmovilizaban a los delincuentes mediante un cepo en el que les metían las manos y el cuello con una cadena y un candado, y otro más en los tobillos para que no pudieran moverse ni caminar. Solo así quietaban y mantenían a la población a salvo. El borracho, asesino o violador inmovilizado, quedaba a merced de la gente enfurecida, que lo escupía y lo vejaba, y se dio el caso de que las familias de los difuntitos salieran de noche a degollar o a apuñalar al asesino, haciéndose justicia por propia mano.

IV

Una tarde, en una de las tantas fiestas que solían prolongarse durante días, entre los hombres que se vanagloriaban de ser los más valientes de Puerto Marinero había dos muy pendencieros y totalmente ebrios que empezaron a mirarse retadoramente y a hacerse de palabras.

—Yo los tengo mejor puestos que tú —dijo uno y el otro le contestó:

—En este pinche pueblo ya no cabemos dos machos, así que uno de los dos sale sobrando.

—Pues vámonos yendo pafuera a ver quién los tiene más grandes.

—Paluego es tarde. ¿Machete o pistola?

—Paqué nos vamos a entretener con pendejadas, vamos a sacar el cuete y lo que sea que truene.

—Ya vas.

Salieron de la casa donde se efectuaba la fiesta y acompañados de una gran turba caminaron por la calle ante el horror y la fascinación de los curiosos. Alguien dijo que pidieran ayuda y fueran por los gendarmes y trajeran al doctor. Llegaron a su consultorio y le suplicaron que los acompañara, pues dos tipos se iban a agarrar a balazos. Macho Viejo salió a toda prisa y al llegar vio a los dos duelistas que, como en las películas del Oeste, se habían separado, cada quien en un extremo de la calle con su pistola a una distancia no mayor de veinte metros. La gente observaba la acción desde las ventanas de las casas cercanas, donde se habían refugiado para que no les fuera a tocar una bala perdida.

—¡Un momento! —gritó Macho Viejo, caminando rápido para situarse en medio de los duelistas y alzando la mano para que no dispararan—. Los verdaderos hombres no se matan así como así solo porque se les pasaron las copas. Si no saben beber, pa qué chingaos toman. Guarden sus pistolas y lárquense a sus casas a curarse la peda.

Se hizo un silencio. Los tipos, pistola en mano, masticaron un instante las palabras del doctor. Pero uno de ellos le espetó:

—Quítese, doctorcito, si no quiere que a usted también se lo lleve la chingada.

Y en ese momento sonó el primer disparo. El doctor se lanzó pecho a tierra y se inició la balacera. No tardó mucho en que uno cayera y el otro quedara mal herido. Los condujeron a su consultorio. Con uno de ellos ya no había nada qué hacer; el otro estaba agonizante.

«Cuánto daño hace el alcohol cuando no se toma como los hombres», se dijo el doctor cuando el herido falleció. Según ellos, en el pueblo no había cabida para dos machos y se habían quedado sin ninguno de los dos. Con los huevos bien puestos o no, juntos se habían ido a la chingada. Así es la ley de la vida: siempre habrá alguien más bragado, más diestro o con más suerte para que luego la muerte, que está siempre al acecho del que se cree más pintado, nos recuerde que al final no hay regreso y

todos, tarde o temprano, estamos condenados a perder.

V

Después de varias horas de camino bajo la lluvia pertinaz y buscando atajos entre las brechas inundadas, abriéndose paso por el monte a fuerza de machete llegan por fin a la cuadrilla de Charco Redondo, villorrio a la orilla del río cuyas aguas se habían desbordado hasta inundar algunas casas. Se dirigen a una modesta choza y Macho Viejo procede a auscultar al paciente: el hombre tiene varias heridas profundas de machete y arde en fiebre; era un milagro que no le hubieran asestado un golpe definitivo. Está inconsciente. El doctor saca sus instrumentos, pide que hiervan la jeringa y empieza a curarle las cortadas, desinfectándolas, suturándolas, dándole unas puntadas y vendándolas. Le inyecta penicilina y suero antitetánico. Es casi media noche cuando termina de curar el cuerpo totalmente maltrecho de aquel pobre hombre. Agradecidos, los familiares le sirven un poco de café, le ofrecen pan y le piden que se quede a dormir, pues ya es muy tarde para volver a Puerto Marinero. Macho Viejo, exhausto, acepta y cuando termina de cenar le tienden una hamaca y se acuesta a dormir.

Despierta muy temprano. Revisa al paciente. Parece haber reaccionado a los antibióticos y a sus curaciones. Ya no tiene fiebre. La familia se muestra contenta y antes de partir lo invitan a desayunar. Macho Viejo acepta de buena gana, no sin antes salir a lavarse la cara y las manos en las aguas rebotadas del río. Cuando acaba de acicalarse se sienta a comer carne de venado con un par de huevos estrellados, tortillas, salsa de chile y una buena taza de café. De súbito sale de la cocina una jovencilla de piel canela, de blanquísima sonrisa, ojos luminosamente negros y tupidas pestañas. A pesar de su tierna edad, parece estar cuidadosamente torneada por la canícula del trópico.

—Es Cintia, mi sobrina —dice el dueño de la casa—, la hija de mi hermano el herido, pero como ellos viven del otro lado del río, se queda con nosotros. Viene a ayudarnos, a mi esposa y a mí, para que pueda atender a su padre.

Macho Viejo siente un jalón en su interior al percibir el atractivo de la chica que no deja de verlo con ojos sonrientes y curiosos. A partir de la muerte de su esposa, para él las mujeres se habían convertido cada vez más en seres admirables aunque distantes. Así que a pesar de lo atractivo de Cintia, tan pronto termina de desayunar ausculta una vez más al paciente, le aplica otra inyección y da las recomendaciones del caso. Empaca sus cosas y parte a caballo. Como sucede tantas veces con los médicos y parteras, tiene que volver solo, pues la gente que fuera por él no lo acompaña de regreso.

VI

Desde que se instaló en Puerto Marinero esa había sido su vida. Cada semana llegaban decenas de familias de todos los pueblos de alrededor para que fuera a atender a sus enfermos. La mayoría de los casos eran de paludismo, males intestinales, disentería, pulmonía, diabetes, problemas renales, apendicitis, partos, hipertensión y heridas graves resultado de pleitos y reyertas. A veces Macho Viejo salía a hacer un recorrido por los principales poblados en compañía de Papá David, un hombre rubio, de ojos azules y barba, un poco mayor que él, que se dedicaba a sacar muelas y a darle consejos a la gente con problemas familiares en las diversas poblaciones. Papá David y Macho Viejo se dirigían juntos a caballo a recorrer aquellos pueblos que estaban a dos o tres horas por caminos cerrados y peligrosos por la tupida selva donde había todo tipo de animales: guacamayas, monos, pavos de monte, venados, jabalíes, tigrillos, víboras y lagartos. Pero la gente de toda la región conocía a Papá David y cuando se cruzaban con él en alguna vereda le cedían el paso, no sin antes clavar su machete en el piso, quitarse el sombrero y colocarlo sobre el mango en señal de respeto. Papá David les tendía graciosamente la mano sin desmontar del caballo y la gente le besaba la argolla de casado que nunca se quitaba; antes de continuar su camino los bendecía como si fuera un sacerdote. Montaba Papá David un caballo de nombre Siete de oros; el de Macho Viejo se llamaba Trueno. Papá David llevaba un maletín con sus fórceps, amén de su anestésico y demás equipo médico. Había aprendido a hacer extracciones en la práctica, gracias a las enseñanzas de un tío dentista de la ciudad de Oaxaca. Cuando llegaban a las poblaciones, Macho Viejo atendía a enfermos y heridos y Papá David se dedicaba a sacar dientes y muelas, así como a dar consejos y reprimendas a quienes lo consultaban sobre conflictos familiares. Entre ambos enseñaban a la gente del monte a construir con varas y horcones su casa y hacerle paredes divisorias para que no durmieran todos juntos, a disponer de una mesa para que no comieran sobre el piso de tierra, a cavar letrinas a cierta distancia de la casa y en lugares cerrados para que no hicieran sus necesidades atrás del jacal. Entre Papá David y Macho Viejo instruyeron a la población sobre primeros auxilios, a los niños les dieron las nociones básicas de las letras y a las señoras les enseñaron a elevar sus fogones para que dejaran de cocinar agachadas.

En cierta ocasión cabalgaban por una brecha rumbo al Aguaje del Venado cuando escucharon pisadas de caballo a sus espaldas. Papá David y Macho Viejo se detuvieron a la vera del camino. Él la alcanzó a ver hasta que ella pasó a su lado montada en un bello alazán con un sombrero de ala ancha, blusa y pantalón de montar, relucientes botas. Se trataba de una bella jovencita que se volvió a mirarlo tan solo un instante, pero en esa fracción de segundo él se estremeció y adivinó algo en su rostro que no había percibido jamás: por su mente se desplegaron pasado, presente

y futuro en una cinta rápida donde se amalgamaban una serie de imágenes inconexas reflejadas en esa cara y en esa mirada que a él le pareció extraordinaria no solo por su belleza sino por lo que lograba comunicarle. Lástima que no venía sola. La acompañaba un guardaespaldas grande, musculoso, muy moreno, malencarado y armado hasta los dientes. Ella se volvió a mirarlo de frente. A él, totalmente obnubilado, no se le ocurrió otra cosa que tocarse la punta del sombrero a manera de saludo y decir:

—Buenos días, señorita...

—Buenos —contestó ella y pasó de largo; el acompañante ni siquiera volteó a verlos.

Te hubiera gustado decirle algo más, Macho Viejo, preguntarle por el pueblo al que se dirigían, pero no te atreviste, seguramente por la sorpresa de ver en esos ignotos senderos a una bella jovencita de no más de diecinueve años, de cabello rubio y ojos azules. El relámpago de su mirada quedó grabado para siempre en lo más profundo de tu corazón.

Ella desapareció en la distancia a galope y Macho Viejo y Papá David prosiguieron su camino, tranquilos en apariencia.

—¿Quién es? —te atreviste a preguntar una vez que se perdió de vista.

—La hija de don Ernesto Wigge —contestó Papá David—, dueño del rancho San Joaquín, que tendrá unas dos mil quinientas hectáreas y más de mil cabezas de ganado. Un alemán que acapara todas las semillas de la región. Es muy poderoso. Esa jovencita se llama Rosa, es hija única y vive en la ciudad de México, pero como ahora su madre está un poco enferma se ha quedado acá para acompañar a su padre y cuidar a su madre.

¿Por qué te gustó, Macho Viejo? Ahora, cuando la recuerdas después de tantos años, sabes que no te equivocaste, que tal vez esa mujer estaba predestinada para ti y así estaba escrito en el libro de tu vida.

VII

Así se hizo conocido Macho Viejo en la región. Su carrera de médico la tuvo que forjar enfrentando a los naturales contra sí mismos. Una vez llegó a verlo una pareja con un niño lombriciente y de abdomen terriblemente abultado. Apenas lo estaba revisando cuando Macho Viejo oyó:

—¡Cúremelo, porque si se me muere a usted se lo lleva la chingada!

Macho Viejo levantó la vista. Le llegó el tufo de alcohol. El padre estaba borracho, con la mirada totalmente perdida.

—Ni usted ni nadie me va a venir a amenazar en mi consultorio. Si no le parece lo que estoy haciendo, lárguese de aquí con su hijo y deje de estar jodiendo o lo saco a patadas.

—Está tomado, doctor, no le haga caso —intervino la mujer, suplicante.

—Si quiere que revise a su hijo salga inmediatamente de aquí —le dijo Macho Viejo al padre alcoholizado.

—Anda vete y te alcanzamos en la casa —dijo la mujer tomándolo del brazo y conduciéndolo afuera del consultorio.

El tipo reaccionó y dando tumbos se alejó sin hacer mayor escándalo.

En otra ocasión se presentó en su consultorio un niño de nueve años llorando con el brazo totalmente deforme a causa de una severa fractura. Se había caído de un burro, pero más que por el dolor o por la terrible desfiguración del brazo, lloraba porque su padre había amenazado con matarlo.

—¿Por qué? —preguntó Macho Viejo.

—Porque dice que ya no voy a servir para nada y que no le voy a poder ayudar en el campo —explicó el niño sin dejar de llorar.

—A ver, vamos a ver —dijo el doctor tomando con cuidado el brazo del muchacho para observarlo—. ¿Duele mucho? —preguntó.

—Sí, pero yo no me quiero morir...

—Te voy a poner una inyección para que se te calme el dolor, esperamos un rato y luego te enderezo el bracito. Ven aquí, recuéstate.

El niño obedeció, se acostó sobre el camastro del consultorio, bañado en lágrimas, asustado y adolorido.

—¡No me quiero morir!

El doctor lo auscultaba cuando entró una mujer dando de gritos:

—¡No deje que me lo maten, doctor, por amor de Dios!

—¡Calma, señora, calma, nadie le va a hacer nada, no se preocupe!

—¡Es que lo quiere matar!

No acababa de decir eso cuando apareció en la puerta del consultorio un hombre con un machete en la mano y el rostro deformado por la rabia:

—¿Dónde está ese chingao muchito cabrón?

—¿Qué quiere? —preguntó Macho Viejo.

—Por andar de pendejo ese chamaco ya quedó tullido y ya no va a servir ni pa la yunta.

—¿Por qué dice eso?

—Vea nomás como le quedó el remo.

—Eso se puede componer.

—Va a quedar cucho...

—Claro que no. Ahora láguese de aquí para que lo pueda curar o llamo a las autoridades para que le metan un cepo...

El tipo bajó la vista.

—Vuelva cuando esté más calmada, señora, y ya verá que su hijo va a quedar bien.

El hombre se colocó el machete al cinto y se alejó acompañado de su esposa, hablando para sí mismo.

Macho Viejo procedió a curarle el brazo al muchacho, a enyesarlo y colocarle un cabestrillo.

VIII

Resultó que Rosa era hija única y por lo mismo siempre que salía a montar su padre ordenaba que la acompañara un guardián. Estudiaba en un internado de monjas en la ciudad de México y había vuelto al rancho para atender a su madre, que estaba delicada. Como distracción salía a montar a caballo por los alrededores de la finca.

Una tarde, Macho Viejo regresaba de la ranchería a donde había ido a curar a un enfermo cuando se encontró en el camino a Rosa, acompañada de su inseparable guardián. Al verlos saludó y preguntó:

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Vamos a ver a mi nana, que está enferma y no ha podido venir a trabajar...

—¿No quiere que la acompañe?

—No, gracias, es usted muy amable...

—Recuerde que soy médico y tal vez pueda ayudarla...

Rosa se volvió a ver a su guardián.

—No creo que le parezca a su papacito —dijo aquel, seco.

—Déjeme revisarla, traigo conmigo todo mi equipo...

—Vamos —dijo Rosa—; no creo que tenga nada de malo que la revise y vea qué tiene.

Enfilaron por el camino hasta llegar a una vereda en la que se desviaron hacia el oriente hasta alcanzar la orilla de un pequeño arroyo cerca de donde se encontraba la choza de la nana, Mamá Munda como le decía Rosa, de origen indígena, que se encontraba tendida en una hamaca balanceándose al ritmo del viento.

—Mamá Munda, ¿cómo estás?, ¿qué te pasa que no has ido a la casa grande?

—¡Ay, hijita, quién sabe, pero tengo calentura y me duelen mucho las piernas!

—Aquí el señor es médico y te va a revisar para que te cures y te puedas levantar. Por cierto, ¿cómo se llama usted, doctor?

—Villamonte, Ricardo Villamonte a sus órdenes... —respondió—. ¿Me pueden dejar un momento a solas con la paciente?

Rosa y su acompañante salieron de inmediato de la casita para que el doctor auscultara a Mamá Munda.

Sacó su estetoscopio, oyó sus pulmones, su corazón, le revisó la garganta, los ojos, los oídos, le palpó el cuello, el vientre, le tomó el pulso y la presión. Le puso un termómetro en la boca. Le revisó los tobillos. Pidió que le hirvieran su jeringa y cuando estuvo lista la inyectó. Le pidió a Rosa que entrara.

—Es una bronquitis aguda. Qué bueno que la vi, porque si no se atiende se puede convertir en neumonía. ¿Usted sabe inyectar?

—No, doctor...

—Bueno, pues no se preocupe, yo vendré a inyectarla en tanto se recupera.

—Muchas gracias, doctor... ¿Cuánto le debemos?

—Nada. Y yo estaré pendiente de ella, pues está cerca de donde atiendo a otros pacientes.

Sin más, el médico se despidió y subió a su caballo, dejando a Rosa y a su acompañante a cargo de Mamá Munda mientras él se volvía por la vereda rumbo al pueblo.

IX

El mar le había brindado grandes satisfacciones. Muchas veces se daban en la zona grandes arribazones de sardinas, que se identificaban por la multitud de aves que revoloteaba sobre la mancha. Eso hacía que toda la gente de Puerto Marinero saliera de casa hacia la playa con ollas, bateas y barriles a recolectar parte del cardumen. Entonces el pueblo organizaba una gran fiesta sobre la arena, en la que evisceraban las sardinas, prendían sus anafres y las asaban al carbón para comerlas con tortillas y chile, cerveza y mucho mezcal.

A Macho Viejo le gustaba observar cuánto disfrutaba la gente recogiendo su alimento como maná proveniente no del cielo sino del mar y ver trabajar a las aves: los pelícanos, generalmente en grupo, volaban en escuadrón, a veces en línea recta, a veces en V, conducidos por el macho alfa al ras del agua: batían las alas y luego planeaban dejándose llevar por las corrientes de aire muy cerca de la superficie, con la mirada clavada en el fondo. De pronto se zambullían y sacaban una buena dotación de sardinas rodeados de rabihorcados que, más ligeros y veloces, negros, con alas aerodinámicas, casi tan planos como un papalote, les arrebatan parte del botín. Luego de sumergirse, el pelícano tiene que hacer tal esfuerzo para levantar el vuelo que se vuelve torpe y pesado, desventaja que aprovecha el rabihorcado que, con su rapidez y astucia, logra escamotear las sardinas que los pelícanos cargan en la gorja. Algunas veces, mientras se encontraba admirando el mar y los cielos, azorado por lo que observaba, pensó que el mar se había creado para observar a los seres marinos como el cielo para admirar a las aves. Una vez, al estudiar cómo gaviotas, pelícanos, rabihorcados se cebaban con la arribazón, notó que un pelícano alzaba vuelo, seguía por aire la mancha de sardina, planeaba extendiendo las alas sobre la superficie y con una hábil zambullida se tiraba en picada; solo que al remontar el agua los peces se le salían de la bolsa para beneplácito de los rabihorcados, que sin mayor esfuerzo atrapaban el producto que soltaba el pelícano sin proponérselo. Eso le llamó la atención y Macho Viejo no perdió de vista al ave que, cansada y prácticamente sin comer, se posó en uno de los postes donde atracan sus botes los pescadores. El pelícano era un ave grande: tenía la cabeza, el cuello y la gorja de color negro y el resto del cuerpo era oro castaño. Su cuerpo se integraba como una unidad al poste donde se había posado a descansar. Un breve penacho blanco adornaba la coronilla de su cabeza. Macho Viejo tomó una atarraya, se subió a su pequeña embarcación con motor fuera de borda y se dirigió hacia donde se hallaba el pelícano descansando y mirando con tristeza cómo el resto de su especie se hartaba de comer. Se le acercó y cuando se encontraba a una distancia razonable lanzó la atarraya y, como el ave estaba muy débil, logró capturarla. Envuelto en la red se llevó el pelícano a tierra para auscultarlo y revisarlo. Volvió al pequeño muelle junto al bar La Conchita y dejó al animal encargado con un grupo de pescadores. Fue al consultorio por su maletín.

Regresó y pidió que le regalaran unas cuantas sardinas y con la ayuda de tres hombres se las retacó en el cogote para que el pelícano tuviera algún alimento en el estómago. El pelícano observaba detenidamente todos sus movimientos. Con la ayuda de los pescadores lo recostó deteniéndole las patas, las alas y el pico. Lo anestesió. Macho Viejo lo empezó a revisar y notó con gran consternación que la bolsa del pico del pelícano estaba rasgada y eso le impedía retener el alimento que pescaba. A veces, cuando los pelícanos atrapan algún pez demasiado grande o fuerte, la presa, tratando de librarse, se mueve tan violentamente que, en su forcejeo, rasga la piel del buche. Cuando el animal quedó inconsciente, Macho Viejo preparó las suturas de tripa de gato para coserle la parte rasgada del buche. Una vez que le remendó la bolsa, lo dejó descansar. Mientras el pelícano reposaba dócilmente, Macho Viejo consideró qué hacer con él. Ese pelícano y él tenían algo en común. El ave ya no podía comer: su pico se había deteriorado. ¿Pero qué hacer? Si lo dejaba libre volvería a alimentarse normalmente durante algún tiempo hasta que se le volvieran a reventar las suturas. Y cuando eso ocurriera moriría irremediablemente por falta de alimento. Tuvo una idea: colocarle una argolla de metal en una de las patas y una plaquita de acero alrededor del cuello para identificarlo. ¿Pero cómo lo llamaría? Ciro, se dijo. Y así lo bautizó, marcándolo para reconocerlo, y lo dejó reposar. Cuando lo consideró prudente le quitó la red para dejarlo libre. Ciro había recuperado su fuerza y sintiéndose libre echó a volar con la majestuosidad acostumbrada. Durante días el doctor lo observó planear, pescar y posarse en los postes y botes de la bahía. Pero cuando la arribazón se retiró de las playas de Puerto Marinero, Ciro se alejó junto con las otras aves. Al verlo desaparecer, Macho Viejo se preguntó si no hubiera sido mejor haberse quedado con él, metiéndolo en una jaula y dándole de comer diariamente, pues así tendría asegurada su supervivencia. Pero se disuadió de que más valía que el animal se atuviera a su suerte en plena libertad a mantenerlo vivo en prisión.

X

Una noche, una noche sin luna y desnuda, una noche oscura, profunda y refulgente, sintió la presencia del agua, de la tierra, del espacio y del tiempo, el latir de los cielos a través de sus astros y de sus estrellas, y le pareció entender el significado del matrimonio entre el cielo y el mar, entre el planeta Tierra y el resto del universo. Percibió el frío silencio del cosmos mientras escuchaba el batir de las olas, la respiración del mar, el canto de los grillos y los ruidos de la noche, hermosos sonidos que, mezclados con el firmamento, se acoplan con la música de las esferas. Tuvo entonces una gran revelación: el cielo no había sido creado para observar a las aves sino para admirar el universo: el cielo estaba tan claro y fulgurante que cuando levantó la vista se encontró con otro mar en lo alto, un océano cósmico y oscuro de aguas infinitamente insondables donde miles de millones de astros se movían como cardúmenes por el frío espacio del universo, soles cuyos rayos iluminan y acarician otros soles y planetas impulsados por quién sabe qué fuerza misteriosa. Observó por primera la Vía Láctea, ese gran río de estrellas, río de leche lleno de mundos y atestado de luminarias celestes. Admiró la rutilante bóveda azul marino que se ceñía sobre su cabeza y sintió algo inexpresable, infalible, inefable: la sacralidad de saberse vivo, de ser parte del universo, de reconocerlo y agradecerlo, algo que se nos revela solo en contados momentos de la vida. Amar al entorno significa ser parte de él.

XI

Cuando luego de varias semanas vuelve a ver a su paciente macheteado en Charco Redondo el hombre, ya totalmente recuperado, está tan agradecido que en cuanto ve a Macho Viejo lo invita a comer y a tomarse unos mezcales. Él acepta de buena gana y se sienta a la mesa. Departen y beben hasta que empieza a atardecer, cuando considera que debe volver a casa. Se despide de su paciente y sale contento hacia el bosque en busca de su caballo. Camina por la vereda estrecha y cerrada de vegetación que conduce a la montaña, en busca del claro donde amarró a su caballo para que pastara. La maleza es tan tupida que resulta difícil ver lo que sucede bosque adentro. Macho Viejo lleva su maletín en la mano izquierda, su rifle a la espalda y un machete al cinto. Circula entre caobas, cedros y granadillos cuando de repente escucha un ruido en la espesura del monte y de súbito aparece un cervatillo corriendo asustado, brincando y dando tumbos, como huyendo de algún depredador, gato montés o tigrillo. El animalito se enreda en una zarza y queda atrapado entre sus ramas. Al verlo Macho Viejo suelta su maletín y se abalanza sobre él para sujetarlo contra el suelo hasta inmovilizarlo. El animalillo tiembla, herido de varios arañazos. Macho Viejo logra desenredarlo y se lo echa sobre los hombros hasta llegar al claro donde se encuentra su caballo; con una sogá le ata las patitas con mucho cuidado, lo coloca sobre el suelo y empieza a auscultarlo. Los grandes ojos del cervatillo lo miran bellos y asustados, respirando agitadamente mientras Macho Viejo observa sus heridas, que empieza a curar con los medicamentos que trae en el maletín. Nota unas motitas blancas en su lomo. Sigue revisándolo hasta que cae en la cuenta de que el animalillo no es un él sino ella, una hembra. «Mira, cosita», le dice cariñosamente cuando acaba de curarla, «tú te vas a llamar Lucero. Te voy a soltar para que puedas regresar a casa, pero tienes que irte con mucho cuidado para no volverte a encontrar con tu verdugo». Y diciendo esto le desamarra las patas y deja escapar a la cervatilla, que se pierde en lo profundo del bosque.

XII

Macho Viejo se sentía muy orgulloso de Trueno, su caballo. Era hijo de dos purasangre y se lo había obsequiado don Chayo Escamilla, finquero y criador de caballos de raza, para agradecerle que salvó a uno de sus hijos menores de una epidemia de difteria que asoló a la región y que acabó con la vida de varios pequeños.

Era un caballo de bello porte: brioso, fuerte, rápido, muy inteligente. Pero lo mejor fue que Macho Viejo presenció cómo don Chayo había logrado que un potro purasangre color azabache y de nombre Otelo cubriera a una potranca ya un poco entrada en años de color azulejo, también de raza, llamada Carabina.

Fue todo un espectáculo: primero habían sacado de las caballerizas a una potranquilla de poco más de un año: alazana chiquita, mocita, saltarina, aunque de no muy buen pedigrí, a trotar por uno de los lienzos atada de una soga. Luego sacaron a Otelo y lo metieron al lienzo con la yegüita. Tan pronto el potro detectó los efluvios de la potranquilla, se empezó a excitar. A la yegüita la manipulaban con una cuerda a la que le soltaban el cabo para dejarla correr y pasearse a sus anchas frente a los esféricos y desaforados ojos del macho, que no le quitaba la vista de encima, como si la potranquilla le estuviera coqueteando. Otelo la observaba, la olía, relinchaba, rascaba el piso y se motivaba con la cercanía de la hembra que caracoleaba frente a él. Cada vez que permitían que la alazana se acercara a Otelo, sacudiendo la cola y ofreciendo la grupa, él intentaba montarla y ya con la verga totalmente desenvainada y enhiesta la jalaban desde afuera del corral para apartarla y evitar que la cubriera. Otelo estaba cada vez más jarioso y así lo mostraban sus ojos centelleantes, sus belfos espumosos, sus relinchos plañideros y los resoplidos que le ensanchaban los orificios nasales mientras parecía sacar chispas por los ojos. Cuando el finquero consideró que el macho ya estaba en su punto sacó del corral a la briosa yegüita y dejó entrar en su lugar a Carabina, más calmada y lenta por su edad. Pero Otelo estaba ya tan birriando que en cuanto vio entrar a la yegua, a pesar de que era mayor y se movía con menos agilidad, se abalanzó sobre sus ancas y la cubrió en un santiamén. Unos meses después nacía su cría.

Macho Viejo vio parir a Carabina y emerger de su entraña a un lindo potrillo lobuno al que bautizó con el nombre de Trueno. Cuando el potro tuvo edad Macho Viejo se lo llevó a su casa y lo empezó a entrenar para que lo obedeciera y aprendiera a trotar, correr, cruzar los vados, sortear los obstáculos del monte y caracolear.

XIII

En ocasiones había buscado refugio en alguna nativa que se le ofrecía, como le ocurrió antes de conocer a Rosa, cuando acompañaba al maestro Félix a bañarse al río. La primera vez se encontraron a un grupo de mujeres completamente desnudas, unas bañándose y otras lavando ropa. Él sintió un poco de pudor y quiso retirarse para no importunarlas, pero el maestro Félix lo conminó a quedarse y a meterse juntos al río. Félix se desnudó y se echó al agua como si nada, acercándose a las mujeres que, muy quitadas de la pena, siguieron en lo suyo. Cuando Ricardo vio que a ellas no les importaba la presencia de un par de hombres, ni que las vieran desnudas, se desvistió también y se echó a nadar acercándose a ellas. Las chicas les prestaron sus jícaras y sus jabones; estuvieron departiendo amigablemente y así se empezó a hacer costumbre ir al río a bañarse con las mujeres, unas blancas, otras morenas, con las que empezó a tener primero una amistad y luego amoríos de soltero. Lo más curioso era que hacían el amor en el agua, en lo que él y el maestro Félix llamaban «palos submarinos». Cuando se entendía con alguna, se separaban un poco del grupo, se acercaban a una de las orillas cubiertas de follaje y todavía en el agua y ahí en mitad del río, donde alcanzaban a tocar piso, hacían el amor. A veces la mujer se sentaba a horcajadas colocando las piernas sobre los flancos de él y sus brazos sobre el cuello mientras él la sostenía de las nalgas para que juntos pudieran balancearse con el cuerpo cubierto por el río. Otras veces ella nada más se reclinaba, el agua un poco arriba de la cintura, y él la poseía por detrás mientras ambos sentían al ritmo de su vaivén la tenue corriente del río, todo lo cual le proporcionaba un enorme placer, pero sobre todo un gran alivio. *¡Ay, Macho Viejo, cómo te gustan las hembras! Ahora todavía las admiras, pero eres más cauteloso, pues cuando alguna mujer se te insinúa vas con mucho tiento: quieres sentir placer pero sin levantar ninguna emoción en tu alma, nada que te involucre y mucho menos que te deje algún interés en volver a verla. Es el mar lo que te ayuda a ahogar parte de tus deseos y tu memoria, sobre todo la memoria del corazón.*

XIV

Y así como se hizo cargo de Ciro, el pelícano, a Macho Viejo también le gustaba proteger a los cardúmenes de sardina y atún. Por aquel entonces recalaban en la rada de Puerto Marinero *clippers* atuneros y sardineros de diversos países a pesar de encontrarse en aguas mexicanas tendiendo sus redes de cerco. Identificaban al cardumen con sus sonares y con el apoyo de una lancha o «caique» de motor fuera de borda extendían una red para cortarle el paso al pescado. Luego cerraban la red formando una bolsa dentro de la que atrapaban buena parte del cardumen en sus redes junto a la quilla del barco. De ahí, mediante grúas, subían el pescado a bordo de la embarcación para congelarlo o procesarlo. En una ocasión llegó un barco con bandera norteamericana a Puerto Marinero y lograron cercar un enorme cardumen de sardina. Macho Viejo observaba la operación desde la playa y un tanto indignado por lo indiscriminado y abusivo de la pesca y por la osadía de la pesca en aguas territoriales, organizó a un grupo de pescadores para boicotear la operación. Armados con cuchillos y visores, el grupo se dividió y bucearon hasta donde el *clipper* estaba operando la red de cerco y empezaron a cortar los amarres de la red para que la sardina pudiera escapar. Hasta que el hombre que guiaba la lancha se dio cuenta de su presencia y empezó a disparar al aire la pistola que llevaba al cincho, con insultos y reclamos. Pero parte del pueblo ya observaba la operación desde la playa, lo cual seguramente puso sobre aviso al capitán que, para evitar meterse en mayores líos, decidió recoger la red y levar anclas ante los gritos, aplausos y júbilo de toda la gente del pueblo.

XV

Macho Viejo tomaba su cerveza con mezcal en el bar La Conchita, como lo hacía muchas tardes, cuando alcanzó a ver que Jonás, uno de los pescadores en su cayuco, intentaba sacar un enorme pez que había picado su anzuelo. Jonás jalaba y jalaba con la caña pero el pez se resistía y con extraordinaria energía comenzó a dar batalla. El pescador soltaba y recogía la línea, pero el pez arremetía con nuevos bríos jalando al cayuco como si llevara motor. Macho Viejo observó cómo el pez arrastraba el bote dirigiéndose hacia las rocas del Cerro del Marinero, en cuyas profundidades abundan grutas y cuevas. De repente observó que el cayuco se detenía: el pescador había perdido definitivamente a su presa, pues la línea se había trozado y el pargo aquel finalmente había logrado salvar su vida. Esa escena impresionó vivamente a Macho Viejo. A tal grado que se le ocurrió que un buen día se internaría por las oscuras y procelosas profundidades del mar para tratar de dar con ese hábil, intrépido y poderoso pez.

Y así lo hizo: una tarde se metió al mar con la intención de darle una buena reconocida a los riscos, grutas y cavernas de Cerro del Marinero, aprovechando que había marea alta. Preparó su arpón, sus aletas, su visor, un pequeño tanque de oxígeno y se internó en su bote hacia el centro de la bahía en busca del gran pargo. Ancló el bote y mientras se adentraba en el mar percibió que en las rocas había muchas langostas, ostiones, jaibas, almejas, anguilas y pequeños grupos de pececillos aquí y allá. Descendió tratando de ubicar la cueva por la que calculaba se había escabullido el gran pargo. Macho Viejo se sumergió en la parte más honda para tratar de dar con el animal aquel. Sabía que los peces demersales se mueven solitarios en aguas profundas y que tienen zonas fijas y establecen su hábitat en cuevas y nichos rocosos. Así que se pasó poco menos de una hora explorando el lugar y cuando vio que empezaba a atardecer decidió interrumpir su búsqueda para continuarla en los días siguientes con más calma.

XVI

Macho Viejo se encontraba en su consultorio un día de agosto en espera de un paciente cuando le avisaron que había llegado una arribazón de tortugas a la playa de Escobillas y le preguntaron si quería ir a verla. Aceptó gustoso. La playa donde desovaban las tortugas se encontraba como a veinticinco kilómetros de Puerto Marinero, así que prepararon sus bastimentos y llegaron a Escobillas casi al anochecer. Al llegar a la playa pronto divisaron al enorme grupo de caguamas emergiendo de entre las olas hasta alcanzar la orilla como si se tratara de una flota militar lista para ocupar una plaza. Eran animales grandes, pesados, que gracias al impulso del oleaje iban hacia las dunas y los médanos a escarbar en la arena para desovar con gran esfuerzo y al parecer hasta con dolor, pues tenían los ojos húmedos como si el esfuerzo las hiciera llorar. Eran tantas que apenas podían abrirse paso y avanzar. No obstante, una vez que ponían sus huevos los cubrían de arena con las patas y, sin descanso, se volvían al océano de donde habían venido para perderse entre la inmensidad. Qué bello espectáculo el del surgimiento de la vida. Macho Viejo y sus compañeros estuvieron atentos toda la noche, presenciando la llegada de una y otra arribazón provenientes quién sabe de dónde, después de cuánto tiempo y con cuánto esfuerzo, para cumplir con el ciclo de reproducción de la vida. Al despuntar el sol apareció por los cielos una gran cantidad de aves que empezaron a cebarse con los huevos esparcidos por la arena. Pero así era la ley de la naturaleza, qué caray. Unos mueren para que otros sobrevivan e incluso algunos ni siquiera llegan a nacer. Ellos mismos recolectaron algunos huevos esparcidos por la arena y se los desayunaron con sal, limón y chile, pues además de ser sabrosos tenían fama de ser afrodisíacos. Ya entrada la mañana volvieron a Puerto Marinero, conmovidos por el espectáculo de la noche anterior.

Cerca de un mes después regresaron a las playas de la Escobilla para ver cómo nacían las crías: reinaba la más completa calma cuando de pronto la arena empezó a moverse y de los nidos emergían las cabecitas y los caparazoncitos de las tortugas, que se limpiaban los ojos con sus minúsculas patas, mirando a todos lados como deslumbradas frente el espectáculo del mundo. Una vez orientadas, avanzaban instintivamente rumbo al mar tan rápido y tan recto como su naturaleza se los permitía. Pero así como los depredadores se habían cebado con los huevos, ahora las aves atacaban a las tortuguitas en su anhelo de alcanzar el agua. Pero la naturaleza despliega su sabiduría, pues aunque muchas eran devoradas en el camino, más de la mitad lograba alcanzar el mar.

XVII

Salían a montar algunas mañanas e iban juntos a visitar a Mamá Munda hasta que su padre se enteró de sus encuentros y reprendió a Rosa severamente:

—Ya me contaron que sales a montar con un mediquillo y que te acompaña a ver a Mama Munda.

—No me acompaña, papá. La está curando y ha sido de lo más amable y servicial, ni siquiera ha querido cobrarnos...

—El interés tiene pies...

—Mamá Munda ya está prácticamente recuperada.

—Pero tú ya sabes qué chismosa es la gente de por acá.

—Pero si no estamos haciendo nada malo, papá... es la primera vez que me relaciono con alguien de aquí. No es más que un amigo...

—No hay amigos desinteresados, Rosa, todos esperan siempre algo...

—Yo sé cuidarme, papá. Acuérdate que me paso la mayor parte del tiempo sola en la ciudad de México.

—Pero aquí es distinto. Te advierto que no voy a permitir ninguna sorpresita. ¿O ya se te olvidó que estás comprometida con el hijo de mi amigo Martin Struck?

—No, no se me ha olvidado, pero ¿eso quiere decir que no puedo ni siquiera tener amigos? ¿Tú crees que él no tiene amigas allá en Alemania?

—No lo sé, pero si ese hombre lo que quiere es burlarse de ti tendrá que vérselas conmigo...

—¡Ay, papá! No te pongas así. Nada más es mi amigo...

—Pues quiero pedirte un favor: no quiero que lo vuelvas a ver y si no mejor te regreso a México...

—Cuando menos déjame hablar con él para decirle que ya no me permites salir con él... que me lo prohibiste...

—Te dije que no quiero que lo vuelvas a ver y sanseacabó, ¿entendido? Aquí el que pone las reglas soy yo. No voy a permitir que nadie dude de tu reputación... No está bien que la gente los vea andando solos a caballo por el campo, yendo a quién sabe dónde...

—Está bien, papá. Se hará como tú digas...

Rosa se las ingenió para verlo y explicarle lo que había ordenado su padre: suspender sus cabalgatas matutinas y sus visitas a Mama Munda, que en realidad ya se había recuperado y estaba por volver a sus labores.

—Me gustaría hablar con tu padre —explicó Ricardo—; presentarme, que sepa quién soy, pedirle permiso para verte e incluso, si me lo permite, visitarte en tu casa... para que sepa que soy formal y que mis intenciones son honestas.

—Vamos a darle un poco de tiempo al tiempo —respondió ella un tanto contrita.

—¿Eso significa que ya no nos veremos?

—Me da mucha pena, pero creo que es lo mejor.

XVIII

Todavía no monta en su caballo después de su consulta cuando ve aparecer a Cintia, la hija del herido, morena, de ojos iridiscentes, amplia boca y blancos dientes que, amable, le sonrío. La joven le lanza brillantes miradas y sonrisas que enfatizan lo oscuro de su piel. Lo observa fijamente mientras se le acerca caminando despacio. Trae un vestido blanco muy ceñido al cuerpo que le deja las rodillas y los hombros al descubierto. Su piel brilla de tal modo que sus hombros parecen dos relucientes y oscuras manzanas al sol.

—¿A dónde va, doctor, que tanta prisa lleva?

Él la mira y no sabe qué contestar.

Ella se echa a reír.

Sus ojos se clavan en los de él con gran intensidad, divertidos y desafiantes. Parpadea dos veces con suavidad.

—Ya curó a mi papá, pero ¿a mí cuándo me viene a ver?

—¿No te parece que soy muy viejo para ti? ¿Qué, no tienes novio?

—Sí, sí tengo...

—¿Qué, te gustan los viejos?

—No me gustan. Me gustan los hombres, que es distinto, alguien más vividito que un escuincle cualquiera. Y conste que yo a usted apenas y lo conozco... pero me gustan más los maduros que los verdes y más así con canitas... como usted... y con barba como la suya porque así sé que me puede enseñar algo que yo quisiera aprender...

—¿Pues cuándo quieres que nos veamos?

—¿Le parece bien el próximo lunes, a eso del mediodía?

—¿Dónde?

—¿Sabe dónde está Río Verde?

—Sí, claro...

—Pues ahí nos vemos a las doce, del otro lado de Charco Redondo.

XIX

El segundo intento de encontrar al pargo lo realizó de mañana, aprovechando que había un sol radiante y el mar estaba bello y calmado. «El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro», había leído en Cervantes cuando Sancho y don Quijote conocen por primera vez el mar. Así estaba ese día Puerto Marinero. Macho Viejo tomó la provisión de llevarse dos tanques de oxígeno para permanecer más tiempo bajo el agua. Continuó su búsqueda donde la había abandonado la vez anterior y prosiguió su indagación. Dio con una nueva cueva de amplia entrada y se introdujo en ella. Desde la parte de arriba se filtraba un haz de luz que iluminaba el interior de la gruta pintándola de azul. Era un hermoso recinto submarino. Entre la multitud de peces que nadaban en la gruta, de pronto sintió que un par de ojos lo observaban. Macho Viejo dudó si el pez que lo miraba con tanto denuedo sería el que logró salvarse aquella memorable tarde en que venció a Jonás el pescador. El pez se desplazó un poco alejándose de él y entonces Macho Viejo notó que se trataba de un pargo que traía un anzuelo trabado en el cogote con un pedazo de línea como de dos metros de largo en la boca. Parte de su cuerpo estaba lastimado con heridas y raspones que le habían arrancado algunas escamas. No había duda: era él. Macho Viejo traía el arpón preparado en caso de que el pez lo acometiera. Pero a pesar de la amenazadora presencia del hombre que tenía frente a sí, el pez parecía mirarlo más bien con curiosidad, con sigilo, en aparente calma aunque con ojos dubitativos, casi humanos, que lo mantenían a la distancia. Macho Viejo bajó el arpón, salió de la gruta y emergió a la superficie. Antes de volver a internarse en la cueva atrapó un par de langostas y se dirigió a la madriguera donde había visto al pargo. Ahí estaba todavía: el pez había permanecido quieto donde lo había dejado, y notó que no le quitaba los ojos de encima. Seguro que por ahí tendría su madriguera. Sin saber por qué Macho Viejo sintió una enorme simpatía por el animal aquel. Eres un pez solitario de los que viven aislados en las profundidades. Por tu tamaño y tu peso imagino que ya tienes cierta edad. Mínimo diez años, ¿no es cierto? Somos dos sobrevivientes.

Cauteloso, Macho Viejo se acercó a él y viéndolo de frente le soltó una de las langostas. «Ten», dijo. El pargo vio nadar a la langosta, se acercó con cautela y la engulló de una tarascada. Dio una vuelta en círculo, se volvió a alejar. Macho Viejo soltó la otra langosta y el pargo la deglutió en un santiamén para luego desaparecer por entre las rocas y las oquedades.

XX

Bien rasurado, acicalado y montado sobre Trueno, se presentó Ricardo Villamonte a la entrada de la finca del padre de Rosa. Se bajó del caballo y uno de los peones lo condujo hacia el casco. Cuál no sería su sorpresa al ver la magnificencia de la casa donde vivía Rosa. Don Ernesto le había organizado una gran fiesta a su esposa para festejar su cumpleaños. Sin consultarlo con sus padres, Rosa se había atrevido a enviarle una invitación al doctor. Él se encontraba atendiendo a sus pacientes en el consultorio cuando Mauro, el mozo que siempre acompañaba a Rosa en sus cabalgatas, lo interrumpió. Al leer la invitación quedó sorprendido y halagado. Por lo visto, no le era indiferente a Rosa y ella había tomado la iniciativa para que se volvieran a ver y continuar su amistad, así como para que conociera su casa y a su familia. Era una magnífica oportunidad para hacerse presente. Antes de despedir al mozo tuvo el cuidado de redactar una cartita de aceptación y agradecimiento en una de las hojas que utilizaba para escribir sus recetas, la cual colocó en un sobre cerrado.

La fiesta se inició desde el mediodía. La mayor parte de los finqueros importantes de la región y las familias prominentes de la zona se encontraban ahí, amén del señor cura, el presidente municipal, el jefe de la policía, el director de la escuela y todos aquellos personajes de la localidad que de algún modo trataban con la finca de don Ernesto. La comida se llevó a cabo en el casco, donde se había dispuesto una mesa de honor para la madre de Rosa y sus invitados especiales; varias mesas alrededor ocupaban el espacio libre entre las trojes y la casa principal. Al fondo se había acondicionado una cocina en la que se preparaban carnitas, pollos, barbacoa de res, arroz, frijoles, y se hacían a mano tortillas y antojitos. Se había dispuesto un pequeño templete en el que tocaba un grupo de músicos frente a una tarima al centro para que los invitados bailaran. Entre tanta gente, un invitado más ni se notaría, pensó el joven doctor, pero de inmediato se dijo que aprovecharía la oportunidad para que los padres de Rosa lo conocieran.

Cuando llegó a donde estaba la fiesta, Mamá Munda, después de saludarlo con mucho cariño y agradecimiento, lo condujo a donde se encontraba Rosa departiendo con un grupo de jóvenes de su edad, la mayoría hijos de los finqueros de la zona. Rosa estaba muy bien vestida con un traje típico de la región, de color rojo con vivos blancos, y unas zapatillas rojas que combinaban. Ricardo la saludó con mucha cortesía y ella lo presentó a sus amigos y le pidió que se sentara, invitándolo a que pidiera algo de tomar. El grupo conversó durante un buen rato ante la presencia silenciosa de Ricardo, que observaba a los jóvenes que componían la mesa así como a los padres de Rosa, sentados en la mesa de honor atendiendo a sus invitados principales. De repente se inició la música y uno de los jóvenes tomó la iniciativa y sacó a bailar a Rosa. Desde su lugar Ricardo la observaba: ella bailaba con buen ritmo y mucha gracia, sonriendo con sus labios carmín y sus blancos dientes mientras

conversaba con su pareja. De vez en cuando, al dar la vuelta, los ojos de Rosa se posaban un instante en los de Ricardo para después volver a la conversación. Terminó la tanda. Rosa volvió a su lugar y cuando se inició de nuevo la música le dijo:

—¿Qué no me va a invitar a bailar, doctor?

Ricardo se puso de pie y extendió la mano. Rosa la tomó y se dirigieron a la pista.

—Qué bueno que se animó a venir...

—Gracias por la invitación. Pensé que ya no la volvería a ver...

—Pues ya ve, decidí coger al toro por los cuernos...

—¿Su papá no se va a molestar?

—Ahorita mismo se estará preguntando quién es usted.

—¿Y por qué no me lo presenta? A lo mejor cuando me conozca no le caigo tan mal.

—Él se las ingeniará para conocerlo, de eso no se preocupe...

Antes de la comida se hizo una pausa y se invitó a los asistentes a participar en las carreras de caballos tradicionales en las fiestas de la finca. Varios de los jóvenes que estaban en la mesa se anotaron, y para no quedar mal también el doctor se apuntó.

La competencia consistía en realizar carreras de cuarto de milla en las que se enfrentaban únicamente dos jinetes, solo que antes de la salida los contendientes se tenían que sujetar del hombro de su adversario y, a medida que avanzaran, quien llevara la delantera se desprendería naturalmente del otro. Al ganador se le otorgaba un listón de colores que entregaba una de las jovencitas, que fungía como madrina de la competencia.

Transcurrieron varias carreras y cuando le tocó el turno a Ricardo Villamonte cuál no sería su sorpresa al ver que su contendiente era Mauro, el hombrón que cuidaba a Rosa durante sus cabalgatas.

Se colocaron en la línea de salida, listos para el arranque, y cada uno posó la mano en el hombro del otro; los caballos se veían briosos, listos para la acción. Cuando sonó el disparo de salida, Ricardo picó espuelas en los ijares de Trueno y sintió que la mano de su adversario lo jalaba hacia atrás como tratando de detenerlo. Avanzaron un buen tranco forcejeando y apenas Ricardo empezó a ganar terreno, ya muy cerca de la meta, sintió un firme jalón en la camisa que lo hizo, caer ante la sorpresa y consternación de los asistentes. Rosa, que había sido asignada como madrina, corrió a ver qué le había ocurrido. Ricardo se levantó y empezó a sacudirse. Aparentemente había salido ileso, salvo por el coraje que sintió por haber sido derribado. Rosa, con mucho aplomo, le entregó a Ricardo el listón de ganador ante el aplauso del público, que lo felicitaba a pesar de su caída. En ese momento se acercó a él el padre de Rosa:

—Muy bien, doctor, qué bromita tan pesada le jugó Mauro, pero se portó usted muy hombrecito... yo soy Ernesto Wigge... el padre de Rosa, mucho gusto y bienvenido.

—Gracias, señor, Ricardo Villamonte para servirle. Espero que después de esta

pruebita me permita usted visitar a su hija de vez en cuando...

—De eso ya hablaremos luego... Ahora hay que volver a la fiesta, si no la comida se va a enfriar...

Ay, Macho Viejo, si hubieras sabido entonces lo que sabes ahora...

XXI

Para llegar al punto acordado, Macho Viejo tiene que pasar al otro lado del río, así que en la orilla busca por dónde cruzar sin exponerse demasiado. Camina por el borde hasta que da con un pequeño vado con menos corriente. Se quita la camisa y los pantalones y los coloca sobre la cabeza, deteniéndolos con una mano, llevando sus botas en alto en la otra para que no se mojen. Con cuidado se adentra en el río. A pesar de que la corriente es más tranquila, lleva cierta fuerza y tiene que sortear las piedras resbalosas y puntiagudas, así como las espinas y brezales, deteniéndose por momentos a descansar para no perder el equilibrio. Cuando joven, ese trayecto le hubiera resultado pan comido. Finalmente y con algún trabajo alcanza la otra orilla.

Cintia lo espera en una caleta, de pie y con los brazos cruzados, recargada en el tronco de un árbol, y tan pronto ve llegar a Macho Viejo, empapado y en calzoncillos, con su ropa en la cabeza y las botas en la mano, se empieza a reír a carcajadas. Macho Viejo siente cómo le sube la sangre a la cabeza y se pone rojo, rojo, sin saber qué hacer o qué decir. Mientras ella ríe él empieza a vestirse, pues se siente completamente ridículo de presentarse en calzoncillos, y para colmo mojados, pero Cintia se acerca a él y le dice:

—No te vistas, así estás bien. Ven, vamos a dejar que te seque el sol —y sin decir más, se tiende sobre la arenilla a la sombra de un árbol.

Macho Viejo se recuesta, se mira el torso y se toca el pelo húmedo del pecho.

—¿Ves estos vellos? —le dice a la joven—. Antes eran completamente negros...

—Ya lo sé —responde ella—, ahora tienes muchas canas —le dice mientras juguetea con ellos—... ¿También los de ahí —dijo señalando a su sexo— están blancos?

—¿Quieres ver? —contesta Macho Viejo.

Cintia baja los ojos y no pronuncia palabra.

—¿A ti te dicen El Abuelo?

—No, me dicen Viejo...

—¿Macho Viejo?

—Solo Viejo.

—¿Y qué tan viejo es el Viejo?

—No lo sé. Hace tiempo que no estoy con mujer...

—¿Y tu esposa?

—Murió hace años...

—Entonces a lo mejor ya no se para...

—A lo mejor...

—¿Quieres probar? —le dice dándole un delicado golpecillo en el miembro.

—Por qué no...

Cintia se acerca y lo besa: primero en una mejilla, luego en la otra y finalmente le

trueno un breve beso en la boca. Cuando Macho Viejo la jala hacia sí besándola y buscando su lengua, Cintia se atreve a tocarlo:

—¿Se va a despertar o ya está dormido para siempre?

—No lo sé; averígualo...

Cintia lo besa y lo abraza mientras Macho Viejo le acaricia los senos, la cintura, las nalgas: hacía tiempo que no probaba carne de mujer: piel tersa, fresca, morena, fragante y madura que se dejaba acariciar como si al recorrerla con las manos la esculpiera con la mente, y eso lo excita al igual que a Cintia, que se deja tocar y besar y lo manipula.

—Está despertando —dice Cintia sonriendo.

Macho Viejo se baja el calzoncillo y expone su sexo al aire y al sol mientras Cintia lo acaricia con el vaivén de su puño.

—Mira —exclama—: ¡le gusto! —y lo empieza besar en el pecho y desciende por el estómago y por su vientre hasta atraparle el sexo con la boca. Macho Viejo pierde la idea del tiempo, los dos completamente desnudos sobre la arena.

—Móntame —le pide Cintia—. ¡Móntame, Macho Viejo!

Macho Viejo se incorpora, la pone en cuatro patas con las nalgas empinadas al cielo abierto, relucientes, hemisféricas, carnosas, tersas, más que apetecibles. Ignoraba cómo iba a responder su verga y sí, ahí estaba, erecta, hambrienta y deseosa, llena de admiración, lujuria y con irresistibles ganas de culear. Así que él se deja llevar por los movimientos de la mujer, que lo espera ansiosa con las nalgas rotundas empinadas mientras él le acaricia los senos y mira su espalda brillante y su cintura estrecha hasta que la penetra, la toma por la cintura y la empieza a mover a su propio ritmo:

—Cúbreme, hazme sentir hembra —pide Cintia.

Macho Viejo asesta una estocada y siente como su sexo se desliza en busca de los vericuetos femeninos, tan generosos cuando quieren y tan rejegos cuando se niegan. Ambos se mueven a un mismo ritmo. «Qué rico, qué rico, qué rico» piensa él hasta que empieza a sentir el advenimiento de sus flujos y elixires, la fuerza y la absorción de ella, el calor de sus entrañas, la humedad que los lubrica, el ritmo de su vagina palpitante que late al unísono con sus corazones.

—¡Ábreme, métemela, rómpeme el culo, escúpeme, árame, préñame, hazme mujer! ¡Déjame ser tu puta Macho Viejo, tu puta, tu putaaaa, tu gran putaaaaa, la mejor putaaaaaaaaaaaaa, tu puuuutaaaaaaaaaaaah!

¿Sabes, Macho Viejo? A veces me da la impresión de que eres como uno de esos coyotes alfa, líder de la manada, que enseña cómo matar un jabalí y que cuando ataca a una oveja tiernita lo único que le gusta es comerse el corazón. Lo demás lo dejan abandonado para que se lo devore el resto de los coyotes.

XXII

No mucho después, Macho Viejo volvió a las grutas marinas de Cerro Marinero. Llevaba unos ojotones en una pequeña red para obsequiárselos a su amigo el pargo. Llegó hasta la cueva en su pequeña lancha, se zambulló y penetró en la gran cavidad iluminada. Después de algunos intentos dio con el pez, tranquilo, como si estuviera a la espera del buzo que le llevaba algo en las manos y que, sin embargo, prefirió permanecer quieto y a distancia. Intercambiaron miradas. Macho Viejo soltó uno de los ojotones, pero el pargo, cauto, ni se acercó, dejando que el pececillo rondara por la cueva. Le soltó otro sin que reaccionara, así que decidió liberar a los otros dos y retirarse para ver si así se animaba a comérselos. Tan pronto se dirigió a la salida, el pargo se abalanzó sobre los cuatro ojotones que, confiados, nadaban por la cueva, y los fue devorando, uno por uno.

A partir de entonces, cada vez que Macho Viejo tenía tiempo se metía a la gruta con comida. Aprendió a satisfacer los gustos definidos y el apetito voraz de su amigo, que se deleitaba con peces y moluscos. Decidió llamarlo «Isaías». Hombre y pez se fueron acercando más y más hasta que Isaías empezó a comer de la propia mano de Macho Viejo, que se esforzaba por surtirlo de langostinos, jaibas, langostas y todo tipo de pequeños peces. La mirada del pargo había cambiado y Macho Viejo creyó descubrir en sus ojos un tenue reflejo de gratitud. Así transcurrieron varios meses en los que Macho Viejo se entretenía, durante las tardes en las que le era posible, llevándole de comer, salvo cuando tenía alguna emergencia médica, había norte o el mar estaba muy picado. Pero hombre y pez habían desarrollado un raro y mutuo entendimiento gracias a la admiración que había despertado en Macho Viejo el increíble combate que se libró durante muchos minutos con Jonás hasta que Isaías logró reventarle la línea, quedándose con el anzuelo clavado en el cogote.

XXIII

Ricardo había pasado la prueba a la que lo sometió el padre de Rosa, y a partir de la fiesta de cumpleaños de la madre se le permitió frecuentar la finca en calidad de amigo una o, a lo más, dos veces por semana. Su visita era muy formal, pues la finca estaba a una hora de donde él vivía. Montado en Trueno llegaba cerca de las cinco de la tarde y se retiraba tan pronto los señores se aparecían por el comedor a la hora de la cena, poco antes de las ocho.

Ricardo y Rosa se sentaban en la sala, en un rinconcito en el que había un pequeño sofá y una mesa de centro, ligeramente oculto de la sala principal y de la servidumbre, que tenía la consigna de andar merodeando por ahí. A un lado del sofá donde se sentaban había un ventanal que daba al jardín de la casa. Mauro hacía sus rondines cotidianos tan pronto oscurecía y, linterna en mano, con un perro pastor alemán atado a una correa y un rifle a la espalda, vigilaba los alrededores del casco de la finca. Gracias a esas visitas Ricardo y Rosa tuvieron la oportunidad de conocerse mejor, de conversar, reírse y contarse sus cuitas. Poco a poco él se atrevió a cogerle la mano y le hablaba bonito; sus escarceos avanzaron hasta que después del primer beso vino otro y otro y muchos más, abrazados pero siempre cuidándose de que no los fuera a ver Mauro cuando pasaba cerca de la ventana en sus recorridos. La gran paradoja era que antes, cuando se veían en el campo, era casi un milagro quedarse a solas y no podían tocarse ni la mano, pues el ojo avizor de Mauro estaba siempre al acecho. En la casa, sin embargo, los dejaban solos un par de horas sin que nadie los interrumpiera, salvo cuando traían café y galletas o algún bocadillo. Pero eso sí, cuando se acercaba la gente del servicio siempre silbaba o hacía un discreto carraspeo para ponerlos sobre aviso. Así se hicieron novios sin que los padres de Rosa se enteraran.

XXIV

—¿Se acuerdan del pargo aquel que se le peló a Jonás el pescador? —comentó en una ocasión Macho Viejo frente al grupo de amigos en el bar La Conchita.

—¿El que logró reventarle línea?

—El mismo...

—Pues ya di con él y me hice su cuate...

—¿Y cómo sabes que es el mismo?

—Porque tiene el anzuelo clavado en el cogote y arrastra casi dos metros de línea por la boca...

—¿Y cómo lo localizaste?

—Cuando vi cómo se le peló al Jonás allá por las aguas de Cerro del Marinero, supuse que el cáñamo se había cortado con una piedra filosa en alguna de las cuevas que abundan por ahí.

—Es un pez muy grande y muy fuerte, ¿no?

—Yo calculo que debe pesar entre quince y veinte kilos y mide más de un metro de largo...

—¿Y por qué dices que es tu amigo?

—Porque desde el día que lo localicé lo empecé a alimentar y ahora hasta me identifica y me permite que le dé de comer. Le puse el nombre de Isaías.

—¿Y por qué no lo arponeas y nos lo desayunamos un día aquí entre todos?

—No te hagas el chistoso —contestó molesto Macho Viejo—, ¿no te dije que ya lo conquisté y le doy de comer? Y además, él sabe que yo sería incapaz de hacerle daño.

Mucho festejaron los amigos la ocurrencia de que Macho Viejo se hubiera dado a la tarea de encontrar a Isaías. Siguieron conversando hasta que Macho Viejo abandonó el lugar para continuar con sus obligaciones cotidianas.

XXV

Pero a ver, dime, Macho Viejo, dime, ¿qué es lo que se lleva uno del ser amado a la tumba? ¿El placer sexual? ¿La belleza? ¿La estabilidad? ¿Los afectos? ¿La felicidad? ¿Los hijos? ¿Qué...? ¿Qué es lo que uno se coge cuando se coge a una mujer?

Muchas tardes reinaba un silencio monacal en la casa y solo la discreta luz de una lámpara en la mesita situada a un lado del sillón los iluminaba. Cuando la pareja se daba cuenta de que Mauro acababa de pasar por la ventana con su linterna y sus padres todavía se encontraban en sus habitaciones en el piso de arriba, ella seguía hablando para que nadie sospechara lo que ocurría. Ricardo acariciaba discretamente sus senos mientras la besaba. Rosa lo miraba con susto, pero sin decir palabra le correspondía. Se besaban y se acariciaban, enardecidos de deseo. En una ocasión él se hincó frente a ella, se cercioró de que no hubiera nadie cerca, le levantó la falda y, con un rápido movimiento, metió ambas manos por los flancos de sus piernas hasta llegar a la cintura y ágilmente deslizó sus calzones hacia abajo, sorteó las zapatillas, los hizo una bolita y se los metió en el bolsillo del pantalón y se volvió a sentar. Ella lo miró entre extrañada y divertida. Finalmente rieron juntos. Él la miró desafiante. «Pícaro», le dijo Rosa y lo besó y lo abrazó y se dejó acariciar por él, que se abrió la bragueta y extrajo su miembro erecto y ardiente. Ella miró alrededor y empezó a tocarlo. De súbito él le alzó la falda. En un santiamén la puso de pie y la acomodó para penetrarla, vestida y de espaldas a él, y así la sentó con mucho cuidado sobre su regazo, sosteniéndola con fuerza de modo que sus sexos pudieran unirse naturalmente y con suavidad hasta que los movimientos de ella le indicaran que aceptaba, que le gustaba, que disfrutaba del placer de sentirse llena de él, y así juntos cabalgaron durante unos deliciosos y evanescentes minutos hasta que alcanzaron al unísono un éxtasis que debieron interrumpir cuando oyeron en la escalera los carraspeos y los pasos de alguien que bajaba. Rosa se apartó, se sentó en su lugar, se alisó la falda y vio pasar a su padre, indicación que habían establecido entre ellos para señalar que había llegado el momento de que Ricardo se retirara. Lo vio, sonrió y se quedó imperturbable.

¿No es cierto que el placer sexual, acaso por ser el más intenso que podemos sentir los seres humanos, a la larga se pierde en los laberintos de la memoria y solo nos queda de él el eco de ese placer tan profundo como lejano del que tanto disfrutamos? Uno recuerda a la pareja que amó, recuerda la emoción que sintió, la atracción por esa persona tan querida como deseada, pero la experiencia en sí se pierde entre tantos otros momentos irrecuperables, salvo en la memoria. Así que lo que te queda cuando te coges a la mujer, Macho Viejo, si bien te va, es amor, tan solo el amor, la intensidad del amor, gustarse uno al otro, disfrutar de su compañía, pasarla bien juntos. Todo esto viene acompañado del vano anhelo de capturar lo

inaprensible que en su momento pensaste que sería ;la esencia del alma del objeto amado!, aunque en realidad se trató tan solo de un instante de placer que, de no estar atado a lo más profundo de tus afectos, se perderá en el olvido para dejarte simplemente con el resplandor del acto sexual.

XXVI

Macho Viejo tuvo que ausentarse de urgencia para atender un parto en Barra de Colotepec, lejos de Puerto Marinero. Preparó sus cosas y salió, como de costumbre con premura, a donde lo conducían los familiares de la paciente, una mujer en dificultades tratando de dar a luz. Cuando llegó a la casa se encontró con que habían colocado a la futura madre sobre un petate extendido por el piso, con las piernas abiertas, sostenida de las axilas con una soga amarrada a los travesaños del techo, mientras su marido, detrás de ella, la cogía de los brazos para que apoyara la cabeza en su pecho; frente a ella la comadrona doña Mella, en posición de flor de loto, arengaba a la parturienta sentada en un petate:

—¡Pújale, mamacita, pújale!

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le preguntó Macho Viejo a la partera.

—Desde la madrugada, pero la criatura no quiere salir.

Era común en los pueblos que a los maridos no les gustara que un hombre atendiera a su esposa, y por ello preferían los servicios de la comadrona. Solo cuando la situación se complicaba se veían en la necesidad de llamar al médico. Macho Viejo descolgó de las amarras a la mujer, la recostó sobre el petate, le colocó unos almohadones bajo las caderas y, auxiliado por la comadrona, trató de extraer a la criatura, que venía con el cordón umbilical enredado. A través de muchas maniobras que se llevaron buen tiempo, Macho Viejo fue liberando al bebé hasta desenredarlo y colocarlo en posición para ayudarlo a salir mediante suaves movimientos ondulantes, hasta que logró que emergiera la cabecita y poco a poco el resto del cuerpo. Macho Viejo tomó al bebé de los piecitos con la mano derecha y lo colocó sobre su brazo izquierdo, sosteniéndolo para que no se fuera a caer. Con el bebé bien acomodado contra su cuerpo pinzó el cordón umbilical y procedió a cortarlo. «Ah, cómo nacen resbalosos estos niños muertos», se acordó que se burlaba uno de sus profesores de la facultad, «sean responsables de una alegría y no de una tragedia impune, doctores», recomendaba. Cortado el cordón, se lo entregó a la comadrona.

—Es otra vieja, ¡qué lástima! —comentó la comadrona.

Y es que en los partos doña Mella ganaba más dependiendo de si nacía un varón o una hembra. Por un niño la partera cobraba treinta pesos, mientras que por la mujercita tan solo pedía veinte.

—¿Por qué dice eso, doña Mella? ¿Qué no es usted mujer? —preguntó Macho Viejo, mientras seguía atendiendo a la señora.

—Pues sí, doctorcito, pero las mujeres siempre traemos más problemas que los hombres —dijo la partera, que limpiaba a la niña para ponerle merthiolate en el ombligo y fajarla con un pañuelo rojo para que no quedara panzona ni le hicieran ojo.

—No es cierto, doña Mella. Hombres y mujeres traemos problemas por igual. Todo depende de la personalidad, del carácter y de la educación.

Macho Viejo tomó a la niña entre sus brazos y mirándola le dijo:

—Suerte te dé Dios, niña bonita, que lo demás vendrá por añadidura.

Con lo cual tanto los padres como la comadrona se conformaron con la recién llegada.

—Los que llegamos antes te ayudamos a entrar en este mundo, los que te sigan te acompañarán cuando lo dejes —dijo Macho Viejo pensativo y se la turnó a la madre para que le limpiara el cuerpecito y le pusiera un pañal. La comadrona salió a enterrar la placenta en la parte trasera de la casa, cerca de donde había unas palmeritas que le permitirían ubicar el sitio para enterrar ahí mismo el ombligo cuando se le cayera.

Como ya era tarde, Macho Viejo se quedó a dormir en Barra de Colotepec. Muy temprano en la mañana emprendió su regreso a Puerto Marinero, pero en el poblado de Chila lo interceptaron, pues también solicitaban sus servicios. Regresó a Puerto Marinero tres días después, cerca del mediodía.

XXVII

Cuando llegó la época de lluvia, las visitas de Ricardo a Rosa se espaciaron, pues caían tales chubascos que los ríos crecidos inundaban los caminos, lo cual, aunado a la oscuridad de la noche y a los peligros propios de cuatreros y ladrones en esas tierras desoladas, ponía en constante riesgo la vida de Ricardo.

Una mañana, Rosa se apareció sorpresivamente en el consultorio en compañía de Mauro y de Mamá Munda con el pretexto de que se sentía mal. Mauro se quedó afuera del consultorio y Rosa entró con Mamá Munda.

—¿Cómo estás?

—Necesitaba verte.

—Yo a ti más, pero dime ¿pasa algo...?

—Algo...

Ricardo le pidió a Mamá Munda que saliera un momento para auscultar a Rosa. Cuando Mamá Munda salió, Ricardo la abrazó y la besó con amor y pasión.

—¿Qué te pasa?

—No me ha bajado la regla.

—¿Desde cuándo?

—Hace ya más de un mes...

—Déjame revisarte —procedió a auscultarla con todo cuidado: primero la temperatura, la presión, el pulso, le palpó el vientre, le hizo unas cuantas preguntas y le dijo al oído—: No cabe duda: estás embarazada...

—¿De veras?

—Seguro.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Déjame robarte.

Rosa no supo qué contestar.

—Tu padre quiere que te cases con ese fulano hijo de su amigo que está estudiando en Europa, y aunque nos ha dado la oportunidad de vernos en tu casa, yo no lo acabo de convencer. Y tal vez tenga razón: me ve como un pobre diablo haciendo sus pininos de médico en este triste pueblo dejado de la mano de Dios.

XXVIII

Ese mediodía, en cuanto se sentó a tomar una cerveza en el bar La Conchita, se enteró de la historia que corría de boca en boca: Jonás, el pescador, había matado al pargo aquel que se le escapara meses atrás. Al oír la noticia, Macho Viejo se quedó atónito. Se levantó sin probar la cerveza que había pedido para dirigirse a la casa de Jonás y constatar de qué pescado se trataba. Al acercarse a la casa reconoció a su amigo Isaías colgado de un morillo. ¿Por qué cuando uno es joven le gusta alardear de cosas de las que luego uno se arrepiente? Una rara furia se apoderó de él al ver al pescado en vilo, todavía con el viejo anzuelo trabado en el hocico y el pedazo de cuerda colgando. ¿Para qué andar de hablador? Uno no mide el peligro que acarrea la indiscreción. Qué imprudente había sido hablar de su amistad con Isaías. Después de varios meses de visitarlo al menos una o dos veces por semana, salvo cuando había temporal en la rada y no podía entrar por el oleaje y las filosas rocas, su presunción le había costado la vida a su amigo. Entre Macho Viejo e Isaías se había establecido una rarísima relación. Cuando se trata de mamíferos como el delfín o la ballena, el acercamiento resulta más natural, pero nunca entre un ovíparo y un vivíparo. Macho Viejo sintió rodar un par de lágrimas por sus mejillas.

—¿Dónde pescaste a este bello ejemplar? —preguntó Macho Viejo aguantando su ira y sin mayor explicación.

—Ya me las debía —contestó Jonás—. No sé si se acuerda que hace unos meses este pargo me arrastró con mi cayuco hasta que reventó la línea. Así que fui por él y no descansé hasta chingármelo.

—¿Adónde?

—Allá en Marinero. Los pescadores me chismearon que usted sabía que un gran pez rondaba por esas cuevas y pensé que sería él. Así que cogí un arpón y me fui por ahí donde a usted le gusta bucear. Luego luego di con una cueva grandota y cuando me metí que voy viendo al gran pargo, que ni trató de huir, no, al contrario, se me acercó bien mansito. Como quien dice, se me puso de pechito, así que cuando lo tuve al tiro jalé del gatillo y el arponazo lo partió por la mitad. Así de fácil.

—¿No me lo vendes? —preguntó Macho Viejo.

—¡Ay, doctorcito, cómo se lo voy a vender a usted! Si tanto le gusta se lo regalo, lo que pasa es que este animal me las debía.

—No, no, véndemelo, por favor.

—Bueno, pues deme lo que sea su voluntad.

Metió la mano al bolsillo y sacó los veinte pesos que le habían pagado por el parto de la bebé.

—¡Es mucho! Deme cinco pesos y ai muere.

—No, este animal vale mucho más de lo que tú crees, así está bien. Solo déjame ir por un vehículo para llevármelo.

¡Ay, si hubieras sabido entonces lo que sabes ahora...!

XXIX

—No, yo no podría hacerle eso a mi papá —dijo Rosa—. Lo mataría.

—Entonces voy a hablar con él para decirle que nos vamos a casar.

—Tampoco, es capaz de matarte y a mí también. Y no quiero ni pensar en lo que sufriría mi mamá.

—¿Entonces?

—No sé, no sé... déjame pensar...

—¿Cuánto? El tiempo apremia.

—¿Dos semanas?

—Una. Por favor no le digas nada a nadie, ni siquiera a Mamá Munda, y comenta nada más que te encontré un poco anémica y a eso se deben tus mareos y tu malestar. De todos modos te voy a recetar vitaminas y levadura de cerveza. Diles que necesito volverte a ver la próxima semana, y para entonces sabremos qué hacer.

Al cabo de una semana de noches de insomnio y llanto, después de mucho pensarlo, Rosa decidió que no había más remedio que huir.

—Es una buena decisión —comentó Macho Viejo—. Una vez que nazca el bebé, vendremos a ver a tus padres y su actitud cambiará. Por lo pronto, te pido que estés lista el viernes de la siguiente semana a las cinco de la tarde. Necesito un poco de tiempo para arreglar el matrimonio, acondicionar mi casa y recibirte como Dios manda. Le voy a pedir a dos amigos que me acompañen como testigos. Tú te sales de finca con cualquier pretexto, yo te espero atrás de los corrales y nos vamos a Chila. Ahí en la sacristía van a estar las esposas de los testigos, el cura y el juez para que nos casen de inmediato. Le voy a pedir a Papá David y a su esposa que nos dejen pasar la noche en su casa para que descanses y antes de salir el sol nos vamos a la nuestra. Cuando tu padre dé con nosotros ya estaremos legalmente casados y ya no habrá nada qué hacer. Hasta podremos decirle que además estás embarazada. No le va a quedar más remedio que apechugar.

Rosa lo miraba con una leve sonrisa y los ojos al borde del llanto. Él le besó la mano y le dijo acercándola a su pecho:

—¿Te quieres casar conmigo?

Dubitativa, Rosa bajó los ojos y aceptó la propuesta.

El día señalado, Ricardo Villamonte llegó a la finca como lo habían planeado. Transcurrieron quince minutos, media hora, una hora entera y Rosa no salía. Empezó a preocuparse. ¿Qué pasaría? ¿La habrían descubierto? ¿Tendría algún problema? Su corazón empezó a agitarse y dudó si seguir esperando o de plano presentarse en la puerta y preguntar por ella. De repente la vio aparecer con los ojos hinchados, desarreglada y muy compungida. Venía vestida muy austera, con una camisa a cuadros, pantalones vaqueros y zapatos bajos, sin maquillaje y el pelo recogido en una cola de caballo.

—¿Qué ocurre?

—Ven, vamos a alejarnos un poco de aquí porque no quiero que me vayan a ver...

Caminaron fuera de la finca. Ricardo jalaba al caballo por las bridas y, detrás de ellos, los seguían los dos testigos a la distancia.

—No puedo, no puedo dejar así a mis padres. Soy lo único que tienen y no puedo abandonarlos así nada más...

—Entonces lo mejor es que hable con tu padre.

—No creo que acepte...

—Dile por favor que necesito verlo, que es urgente, que exijo hablar con él, ¡carajo!

—Quién sabe cómo vaya a reaccionar, es tan violento...

—Dile que se trata de un asunto de hombre a hombre, díselo así...

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No sé si quiera...

—Si de veras me amas dile que me reciba, que me conceda aunque sea unos minutos.

Rosa se soltó a llorar.

—No me digas eso, por favor. Sé que va a decir que los he traicionado, que he mancillado a la familia, que no tengo perdón...

—Tú déjame hablar con él y yo sabré cómo enfrentarlo.

Un poco a regañadientes, Rosa aceptó. Caminaron juntos hasta la entrada y ella se internó en la finca, no sin antes volver a decirle adiós agitando la mano, como pidiéndole que le infundiera valor y con una mirada más que compungida.

Transcurrió casi una hora antes de que Rosa apareciera por fin en el portón de la entrada.

—Dice que ahora está ocupado y que no te puede recibir, pero que te espera mañana a las cuatro de la tarde. Que te da media hora y ni un minuto más.

—Muy bien, con eso es suficiente. Hasta entonces, pues.

—¿Qué le vas a decir? ¿Qué estoy embarazada?

—No te preocupes, eso yo lo arreglo.

XXX

Macho Viejo desciende por entre las circunvoluciones del cerro preguntándose qué diablos hacer con Isaías. ¿Enterrarlo en tierra firme? ¿Incinerarlo a cielo abierto? ¿Dárselo a sus amigos para que se lo comieran? ¡Jamás! Quizá lo mejor sería devolverlo al mar. Regresa a la casita de Jonás en una camioneta y entre los dos cargan a Isaías y lo depositan en la caja del vehículo. Parte rumbo a la playa y cuando llega al muellecito donde tiene su lancha no sabe qué hacer. ¿Atarle una piedra de buen tamaño, internarse mar adentro y arrojarlo? Eso no es de amigos. Me queda claro: no hay más que meterme con él hacia las profundidades, llegar a las cuevas donde nos conocimos y depositarlo ahí, donde seguramente me tomó por traidor. Carga a Isaías hasta su cayuco y aborda. Navega hasta Marinero. Baja el ancla. Se coloca el tanque, su visor, sus aletas, y se echa el arpón al hombro. Tira a Isaías por la borda, cuidándose de sujetar la línea con el anzuelo que tiene atorado en el cogote, y se sumerge. Empieza a descender poco a poco, jalando a Isaías a la distancia, de modo que parece ir nadando detrás de él. El halo de luz azul le indica el camino y se adentran en las grutas donde solían reunirse. Un inmenso dolor lo embarga al llegar a la cavidad morada de su amigo, a quien ahora arrastra sin vida. Ve una oquedad... la tumba de Isaías. Lo coge por la cabeza, le ata una piedra a la línea donde tenía atorado el anzuelo en la garganta y la deposita en el hueco, luego lo mete de cabeza empujándolo por la cola hasta que el pescado se pierde en la oscuridad de las cavidades rocosas. Cuando sale del mar y se sube a la lancha está tan mareado que se ve en la necesidad de recostarse con una fuerte náusea. El mundo le da vueltas, le estalla un profundo dolor de cabeza. Acostado, cierra los ojos y lo arrulla el balanceo de la lancha hasta quedarse dormido. No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando despierta. El sol se está poniendo. Se siente un poco mejor y decide emprender el camino de vuelta al puerto.

XXXI

Por aquellos remotos tiempos cuando Ricardo Villamonte era un joven soltero y aún no conocía a Rosa, lo invitaron a una excursión a la isla de Chacahua, cerca de Puerto Marinero, lugar que se usaba tan solo para embarcar algodón. Había unas cuantas chozas donde vivían los nativos, además de un viejo galerón totalmente vacío que serviría de alojamiento comunal.

Se trataba de un grupo grande de familias de la región, cafetaleros y ganaderos, que se transportaron desde sus diversos lugares de origen en pequeños camiones por caminos de herradura hasta llegar a la punta donde se habían citado para embarcarse a la laguna. Conforme llegaban se subían a unas canoas con cupo hasta para ocho personas dispuestas en un muellecito y así cruzaban a la isla de Chacahua. Tan pronto ponía pie en la isla, la gente buscaba acomodo en el galerón y colgaban hamacas y mosquiteros en los perímetros para tener dónde dormir. A medida que desembarcaron más y más familias el recinto se iba llenando, hasta que tuvieron que organizarse para darles acomodo a todos y evitar conflictos en la alcoba comunal. Se decidió que el galerón sería exclusivamente para mujeres y niños y que los hombres y los jóvenes dormirían en la playa, ya fuera en sus tiendas de campaña o en bolsas de dormir. Lo primero que hizo un grupo de mujeres fue barrer la arena hasta dejar el piso del galerón completamente limpio. Otras sacaban ollas y alimentos y colocaban sus anafres y pequeñas mesas afuera del galerón mientras algunos hombres salían por leña para cocinar y otros pescaban para la comida. También empezó a circular el trago y la gente se veía contenta por encontrarse lejos de sus quehaceres en una isla exclusiva para ellos.

Cuando cayó la noche las mujeres se retiraron a dormir al galerón. Los hombres armaron sus casas de campaña, algunos se acostaron directamente en la arena y otros siguieron bebiendo y cantando al son de la guitarra hasta el amanecer.

Al día siguiente Ricardo Villamonte se preparaba para irse a pescar cuando vio salir del galerón a una bella jovencita en traje de baño, lista para meterse al mar. Ella lo vio con su arpón, su visor y sus aletas; se le acercó:

—¿Eres del grupo de pescadores?

—Así es...

—¿De dónde vienes?

—De Puerto Marinero.

—¿Es bonito?

—Muy hermoso.

—A mí me gustaría aprender a pescar, ¿podría acompañarlos?

—Sí claro, con mucho gusto.

—¿Cómo te llamas? Para decirles a mis papás que me voy con ustedes...

—Ricardo Villamonte. ¿Y usted?

—Yo me llamo Judith.

Así partió el grupo aquella mañana, Ricardo a cargo de la jovencita. Cuando regresaron después del mediodía, con una buena dotación de pescado, se dieron cuenta de que muchos de los varones ya estaban medio borrachos.

—Si vieras la cantidad de mezcal que trajeron —comentó Judith—: dos tambos de cincuenta litros... Por eso están como están.

Cuando empezaron a llegar las chicas a comer, después de pasar la mañana en el mar, la mayoría todavía en traje de baño, uno de los hombres, medio tomado, dijo al ver pasar a una jovencita:

—Si tú fueras mi mamita, te juro que yo sería el papito de casa... —y todos los jóvenes que estaban a su alrededor celebraron su piropo.

No habían acabado de reírse cuando otro se dirigió a ella y le dijo: «Pues yo nomás te veo y palpito...» Y todos volvieron a reír con malicia.

Ricardo se volvió hacia él y encarándolo le dijo:

—Recuerde, amigo, que lo importante con una mujer no es lo que se le grita en público sino lo que le dice en privado —y todo el grupo se burló del galancete, que tuvo que bajar la vista y apechugó.

XXXII

Cuando llegó a la finca, a las cuatro de la tarde, el señor Wigge se encontraba en la sala grande bebiendo café y fumando un puro. Era un hombre corpulento de cabello muy blanco, rostro rubicundo y penetrantes ojos celestes. Su rostro era adusto, de facciones finas pero duras.

—Pase —le dijo sin ponerse de pie ni tenderle la mano—, tome asiento...

Ricardo lo miró, vio un sillón frente a él y se sentó ante la mesa de centro.

—¿Para qué soy bueno, se puede saber?

—Don Ernesto, vengo a pedirle la mano de su hija Rosa —respondió sin mayores ambages.

—¿Está usted delirando o simplemente está loco?

—No, señor Wigge, vine a hablar con usted de hombre a hombre...

—No me venga con esas tarugadas. Usted sabe muy bien que mi hija ya está comprometida y con un partido muy superior a usted, dicho sea de paso.

—Discúlpeme, señor Wigge, pero resulta que su hija me quiere y ha aceptado casarse conmigo...

—No diga tonterías. Le permití que entrara a esta casa porque quería evitar todos los chismarajos esos que ya andaban circulando por el pueblo a causa de sus cabalgatas a la vista de todos. Ella está muy sola aquí y como pensé que necesitaba un poco de compañía dejé que la visitara en casa, porque se trata de una señorita decente, que no puede dar pie a habladorías. Pero eso no justifica que tenga usted el atrevimiento de tomar mi hospitalidad como derecho a pretender a mi hija. De haberlo sospechado, ni siquiera le hubiera permitido acercarse a esta casa...

—Señor Wigge, mis intenciones son serias: yo amo a su hija y ella me corresponde...

—¿De dónde saca usted tan descabellada idea?

—Pregúnteselo a ella.

—No tengo por qué preguntarle nada, ella hará lo que yo le diga y sanseacabó.

—Con todo respeto, yo pienso que Rosa debe hacer lo que siente.

—No sea usted igualado, le recuerdo que está usted en mi casa. Evíteme la pena de ser grosero.

—Por favor, pregúntele a Rosa qué es lo que quiere.

—Eso lo haré cuando me dé la gana, porque ni crea que le voy a dar el gusto de llamarla y ponerla en entredicho.

—No será ningún entredicho, se lo aseguro...

—Nada más eso me faltaba. A ver, solo por curiosidad y suponiendo sin conceder: en el remotísimo caso de que mi hija se casara con usted, ¿cómo la mantendría, a dónde la llevaría a vivir? ¿Quién es usted? Yo no sé ni qué pata puso ese huevo... —le dijo alzando las cejas y mirándolo con desdén.

—Señor Wigge, yo le suplico que no se exprese usted de esa forma porque merezco el mismo respeto que yo le demuestro.

—Dígame qué hace, dónde vive, quién es.

—Terminé la carrera de medicina en la Ciudad de México y vine a este lugar a hacer mi servicio social. Aún no me he recibido, pero pienso titularme lo antes posible. Me dedico a curar enfermos y así me mantengo más o menos decorosamente. Ya compré un terreno en Chila y estoy construyendo una casita. No soy rico, pero no me asusta el trabajo y espero ofrecerle a su hija un nivel de vida que, aunque sencillo, no le falte nada. Por supuesto que lo que tengo no es ni medianamente comparable a lo que ella tiene con usted aquí, pero apenas estoy empezando, y aunque vivo modestamente no me considero pobre.

—Muy bien. Se ha acabado su tiempo. Deme unos días y yo lo mandaré llamar cuando lo considere pertinente... Buenas tardes —añadió sin levantarse de su asiento.

—Buenas tardes —contesta Ricardo sin mirarlo.

XXXIII

—¿Vamos a buscar unas almejas a la laguna? —le propuso Ricardo a Judith.

—Sí, claro, vamos...

—¿No importa que vayamos solos?

—Mi papá y mis hermanos son muy celosos, pero no tienen por qué enterarse, ¿o sí?

—Si tú no lo dices...

Se hicieron de unas cubetas y se dirigieron a la orilla de la laguna y empezaron a buscar almejas en el fondo, pero apenas encontraron unas cuantas. Un nativo que estaba cerca los vio y les dijo:

—Si lo que andan buscando es almeja tienen que cruzar del otro lado de la laguna, allá por el rumbo del faro. Si quieren, yo los puedo llevar en mi canoa.

—¿No se puede ir nadando? —preguntó Ricardo.

—No se lo recomiendo, en la barra hay mucho lagarto...

Así que aceptaron la propuesta del nativo, que los condujo tranquilamente hacia el otro lado de la barra, hasta que llegaron a una caleta de aguas transparentes y poco profundas rodeada de árboles.

—Yo voy a andar ocupado, pero díganme a qué hora quieren que vuelva por ustedes.

—Venga un poco antes de las tres de la tarde —pidió Ricardo.

—Está bueno —dijo el nativo y se volvió remando hacia el otro lado de la barra.

Empezaron a buscar las almejas y pronto dieron con un gran banco cerca de la orilla. Después de un buen rato, cada uno con una cubeta llena, las depositaron en la arena y disfrutaron del agua tibia y de las suaves olas. Salieron a tomar el sol para secarse y Ricardo se sorprendió cuando vio que Judith se quitaba el sostén y luego el slip y se tendía desnuda sobre la arena. No supo cómo reaccionar: se quedó absorto contemplándola tendida bajo el sol ardiente con los ojos cerrados, pero algo le dijo en su interior que se fuera con cuidado.

—¿No tienes hambre? —finalmente se atrevió a decirle después de un rato.

—Con el sol y con el agua ya se me abrió el apetito —contestó Judith—. Ven, vamos a meternos otra vez al agua, pero quítate eso para que no me hagas sentir mal.

Así, desnudos, se internaron en la laguna sin que Ricardo pudiera disimular su excitación y empezaron a sacar almejas y a abrirlas con el cuchillo que Ricardo llevaba.

—Mmm... qué ricas —dijo Judith—; lástima que no trajimos sal, unos limoncitos y chile...

—Y unas cervezas —añadió Ricardo.

Comieron hasta hartarse. Salieron de la laguna, se recostaron sobre la arena para besarse y acariciarse. Él tuvo el cuidado de no penetrarla, algo en su interior le decía

que se fuera con tiento. Eyaculó fuera de ella y tan pronto terminaron Ricardo la previno:

—Hay que vestirnos, si nos descubren esto puede convertirse en una tragedia. El lanchero puede llegar en cualquier momento y no quiero que nos vea, ya no debe tardar. Se volvieron a poner el traje de baño y se sentaron a la sombra de un almendro a conversar mientras esperaban al nativo, pues ya eran cerca de las tres. Transcurrió el tiempo y el lanchero no llegaba. Empezó a atardecer pero la lancha no aparecía.

—Mucho me temo que tendremos que volver nadando —dijo Ricardo—. Si no llegamos antes de que oscurezca se van a preocupar por nosotros y quién sabe qué pensarán.

—Pero yo no puedo nadar hasta allá.

Ricardo se quedó pensativo un momento y dijo:

—Vamos a nadar juntos y cuando te sientas cansada me coges de los hombros y sigues pataleando. No podemos detenernos, pues nos podría atacar un lagarto.

—Pero no sé si pueda —dijo Judith desconsolada...

—Claro que puedes, ya verás.

Para entonces ya era cerca de las cinco de la tarde y el sol empezaba a descender. Se echaron a nadar, dejando las cubetas llenas de almejas abandonadas en la orilla. No habían avanzado ni la mitad cuando Judith le dijo que ya se había cansado.

—Sigue pataleando y agárrate bien de mí —dijo Ricardo, observando que todavía faltaba un buen trecho para llegar a la otra orilla. Judith empezó a desesperarse:

—Ya no puedo...

—Calma, calma, ya verás que poco a poco llegamos...

—Pero es que ya no puedo más...

Tan pronto escuchó las palabras de la joven, Ricardo se dio cuenta de que él también se sentía desfallecido. Remolcar a la chica era un esfuerzo mayor de lo que imaginara, pues nadaban a contracorriente, pero ya no había vuelta atrás. Asustado, sacó ánimos quién sabe de dónde y continuó avanzando mientras escuchaba que Judith repetía «ya no puedo más, ya no puedo... por favor». Ricardo mismo se dijo «ya nos llevó la trampa», cuando de repente alcanzó a ver que una lancha se acercaba hacia ellos. Eran el padre y los hermanos de Judith.

Los ayudaron a subir y los dos cayeron desfallecidos sobre la lancha.

—¿¡Se puede saber qué carajos andaban haciendo aquí y a estas horas y en medio del mar!?! —exclamó el padre, sensiblemente molesto— ¡Estábamos preocupadísimos!

—Vinimos a recoger unas ostras, pero el lanchero que nos trajo nos dejó plantados y tuvimos que volver nadando... —alcanzó a responder Judith, tomando aliento.

—¡Qué ostras ni que ocho cuartos! Todos los demás pescadores llegaron antes de la comida y nadie nos pudo dar razón de ustedes. Hasta que nos encontramos al lanchero que nos dijo que los había llevado hasta allá. ¡Es usted un irresponsable! —

increpó a Ricardo—. ¿No se da cuenta de que Judith es una jovencilla? Si algo le hubiera pasado, usted lo paga con su vida.

—Le pido una disculpa, señor —dijo Ricardo—, y le ruego que nos perdone, pero el hombre que nos trajo quedó de recogerlos antes de las tres para llegar a la hora de la comida y nunca apareció, lo esperamos mucho hasta que nos atrevimos a cruzar a nado.

—¿Pero cómo se pueden haber confiado de un borrachín que no sabe ni dónde tiene la cabeza?

Ricardo prefirió callar.

—¡Carajo! ¡Se pudieron haber ahogado o se los pudo tragar un cocodrilo! ¡Qué poca madre!

«Dios aprieta, pero no ahorca» pensó Ricardo... sin pronunciar palabra, pues la lancha había aparecido providencialmente en el momento que él tampoco podía más, así que se sintió bien pagado. Quién sabe qué hubiera ocurrido si no llegan justo entonces. Se dirigieron tranquilamente a la orilla. La gente ya los esperaba preocupada. Los condujeron al galerón, les sirvieron comida caliente mientras Ricardo explicaba lo sucedido y la angustia y desesperación que los había invadido. Cuando terminaron de cenar, él se levantó de la mesa y el padre de Judith lo increpó:

—Espero que no se haya pasado de listo aquí con mi hijita, porque le puede costar caro...

—Perdón, pero yo soy un caballero, señor —contestó Ricardo.

—Pues más le vale... Buenas noches...

Se despidieron y cada quien se retiró a su hamaca a dormir sin siquiera pensar en las cubetas llenas de almejas que habían dejado abandonadas en medio de la playa. Pero con una agradable sensación de bienestar.

XXXIV

Tocaron la puerta del consultorio y cuando se levantó a abrir se encontró con la impresionante presencia de Mauro, la cabeza erguida y la mirada al aire y, junto a él, Rosa con una pequeña maleta sujeta con ambas manos.

—De parte del señor Wigge, dice que ahí tiene a su hija. Que no la quiere volver a ver, ni a saber de ella en los días su vida. Que a partir de hoy usted se hace totalmente responsable de su destino —dijo Mauro y salió dejando a Rosa de pie en la puerta de su consultorio. Ricardo la abrazó.

—Mi amor, ¿qué pasó? ¿Estás bien?

—Sí, pero mi papá me acaba de correr de la casa.

—¿Por qué?

—Estuvo tratando de convencerme de que te dejara y me casara de inmediato con el ingeniero Struck. Como no acepté, empezamos a discutir hasta que le tuve que confesar que estaba embarazada... Qué bueno que tú no se lo dijiste, porque si no quién sabe cómo hubiera reaccionado.

—¿Por qué?

—Se quedó demudado y lívido cuando se lo solté después de haberle dado todos mis argumentos para que me permitiera casarme contigo. «¿Y por qué no me lo dijo él?», me preguntó cuando se repuso de la sorpresa...

—¿Y qué le contestaste?

—Porque es un hombre de bien y quiso convencerme de sus buenas intenciones sin chantajes ni amenazas. Se quedó pensando un momento y me gritó: «¡Largo, largo de aquí! ¡No quiero volverte a ver en los días de mi vida!» «Prepara tus cosas para que Mauro te lleve con ese tu doctorzuelo de piernas de pelele y ojos de bola de hilo.» Y pues aquí estoy...

—Bienvenida, mi amor, no te preocupes, mi casa es muy modesta pero no te va a faltar nada, ya verás...

Ricardo vivía entonces en una pequeña y modesta casita con una recámara; en un cuartito anexo había instalado un lavabo, un retrete, una regadera y una fosa séptica. Para disponer de agua corriente subió dos bidones a la azotea del baño e instaló una tubería. El agua la obtenía de un pozo y la subía mediante una bombita a los tinacos.

Así empezaron a vivir juntos, y como en Puerto Marinero no había ni juez ni cura ni autoridad municipal, tan pronto pudieron se fueron a Antequera y se casaron por la iglesia y por lo civil.

XXXV

El alcohol empezó a hacer estragos entre los vacacionistas de la isla. Los hombres se la pasaban todo el día bebiendo frente a la playa y algunos jóvenes embriagados miraban con todo descaro a las chicas que salían del mar en traje de baño rumbo al galerón, o bien intentaban espiar a través de las rendijas cuando se cambiaban de ropa o, ya francamente borrachos, se atrevían a tratar de abrazarlas y tocarlas e incluso a meterse al pabellón de las mujeres. Surgieron pleitos y zafarranchos, pues los novios, padres y maridos defendían a las mujeres y eso creó una situación muy tensa.

—Esta gente tiene que dejar de beber —le confió Ricardo a Judith una noche.

—Yo creo que sí, el otro día hasta a mí me faltaron el respeto...

—Hay que hacer algo antes de que acaben a machetazos.

Y entonces se le ocurrió a Ricardo que, aprovechando la oscuridad de la noche y que el alcohol tenía tirados de borrachos a la mayoría, se metería a la palapa donde estaban los bidones de mezcal: encontró uno semivacío y el otro completamente lleno. Se habían bebido más de cincuenta litros en unos días. Destapó el tambo lleno y tiró sobre la arena más de la mitad. Acarreó varias cubetas de agua salobre de la laguna y llenó el tambo y lo revolvió lo mejor que pudo.

A la mañana siguiente empezó a circular el rumor por todo el campamento que alguien había adulterado el mezcal que habían traído y que si llegaban a dar con el culpable lo iban a matar.

Ricardo aprovechó la circunstancia, fue hasta donde se encontraban los borrachos y sin decir agua va se sirvió de uno de los tambos y apenas dio el primer trago lo escupió, quejándose.

—¡Carajo, este mezcal sabe a rayos!

—Sí —dijo alguien más—, deja nomás que descubramos y ¡ya verá la chinga se va a llevar!

Ricardo se retiró discretamente del grupo y cuando se encontró con Judith le dijo sonriendo:

—Nunca se te olvide que el alcohol es hablador, pendenciero, echador, y alcahuete.

XXXVI

Sobre eso medita mientras escribe una receta para el paciente que está atendiendo, cuando irrumpe en el consultorio un hombre con el pantalón bañado en sangre y algo entre las manos que lleva como el más preciado de los objetos. Se abre paso sin tocar ni pedir permiso, gritando:

—¡Sálveme se lo suplico! ¡Mire nada más lo que me hicieron! —y mostró lo que traía en las manos: ni más ni menos que su propio pene.

Macho Viejo respondió, atónito:

—¿Pero qué le pasó? ¡Qué barbaridad! ¿Cómo es posible? Permítame un momento.

Le pidió al paciente que estaba atendiendo que lo esperara en la salita mientras atendía la emergencia. Ayudó al herido a recostarse en la mesa de exploración, lo descubrió y observó la herida, horrorizado: le habían cortado el pene de tajo; seguía sangrando en abundancia. Lo habían emasculado dejándole tan solo la base del pene.

—¡Péguemela, doctorcito, por lo que más quiera en la vida, se lo suplico! ¡No quiero quedar baldado!

—Lo que usted me pide es casi imposible se lo cortaron de cuajo...

—Pero si la vengo cuidando como oro molido, doctor. Mire, todavía está calientita y espero que no se haya muerto...

—¡Pero cómo le pasó eso, amigo, mire nada más! Nunca en mi vida había visto algo semejante.

—No importa cuánto me cueste, doctor, pero péguemela por favor...

—Voy a hacer lo que esté a mi alcance, pero no le garantizo nada...

—Sí, doctor, pero por favor apúrese, por lo que más quiera.

Macho Viejo pide que traigan a doña Lucha, la dueña de la farmacia, que a veces le ayuda como una especie de enfermera. Mientras llega, saca de su vitrina un recipiente en forma de riñón y lo coloca junto con otros instrumentos sobre una mesa de metal. Vierte un chorro de alcohol sobre encima y prende un cerillo. El fuego esteriliza los instrumentos. Entre tanto, se lava las manos con esmero. Se pone los guantes antisépticos y deposita el miembro cercenado en el riñón, donde vierte un desinfectante para limpiarlo. El corte había sido tan certero que el pene se había desprendido sin desgarrarse. También limpia y desinfecta la herida ante, los gritos despavoridos del paciente. Llega doña Lucha y Macho Viejo la instruye para que le ponga suero al paciente y lo sede con una ampolleta. Macho Viejo empieza a suturar el miembro con ayuda de doña Lucha en una operación sumamente complicada y laboriosa que requiere paciencia, atención y destreza, pues tiene que dar puntadas milimétricas en varios planos. Nunca se le había presentado un caso tan extraño. El proceso se lleva más de dos arduas horas. Doña Lucha le pone unas gasas siguiendo las indicaciones del doctor, quien, además, le inyecta la vacuna antitetánica,

penicilina y un calmante. Cuando el paciente sale de su letargo, Macho Viejo le advierte:

—Mire, si en unos días su miembro no pega, mucho me temo que ya se lo llevó la chingada. Y tendré que volvérselo a cortar, porque si no puede contraer una infección que puede costarle hasta la vida.

—¡Ay, doctorcito, ni Dios lo quiera! La virgencita me va a hacer el milagro de que pegue.

—Ojalá que sí, pero usted no se puede ir así como así a su casa: tiene que seguir bajo estricta vigilancia y observación si quiere sanar. Puede quedarse en el cuartito que tengo aquí al lado para casos como este. Entre doña Lucha y yo lo vamos a apoyar. Tiene que guardar absoluto reposo por lo menos cinco días. Beba la menor cantidad de agua posible y para apagar la sed habrá que mojarle los labios con una esponja. Si quiere puede hacer unos buchecitos, pero lo ideal es que al principio orine lo menos posible. Se va a pasar un par de días con suero y sin alimento ni bebida, y por favor no haga ningún movimiento brusco... Y ahora dígame, ¿cómo fue que le ocurrió tan terrible desgracia?

XXXVII

Rosa y Ricardo vivieron más de siete meses juntos en la casita que fueron acondicionando poco a poco en la más absoluta intimidad y sin que hubiera comunicación ninguna con la familia Wigge. No obstante, cuando el bebé estaba a punto de nacer, la madre de Rosa se presentó una tarde en el consultorio.

—Buenas tardes, señora —saludó Ricardo, sorprendido.

—¿Dónde está mi hija?

—Está descansando...

—¿Puedo hablar con ella?

—Claro que sí, señora, permítame...

Cuando Rosa entró a la sala de espera del consultorio y vio a su madre abrió los brazos y corrió hacia ella para estrecharla en un prolongado y fervoroso abrazo.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Bien, mamita, y muy feliz —y con lágrimas en los ojos y mirándose el vientre continuó—: feliz con mi marido y feliz porque pronto va a nacer el bebé.

—Por eso quería hablar con ustedes —dijo mirando a Ricardo.

—Sí, señora, pase al consultorio por favor, ahí podremos hablar sin que nadie nos moleste.

Entraron al consultorio, Ricardo se sentó tras su escritorio y las mujeres se sentaron frente a él en las sillas que tenía para los pacientes.

Rosa, un poco desconcertada, dijo:

—¿De qué se trata?

—Tu papá me pide, a su nombre, que olvidemos todo lo que pasó y que tengan al bebé en la casa.

Rosa pestañeó dos veces, miró al piso y luego a Ricardo.

—¿Qué es lo que quiere papá?

—Que el bebé nazca en el rancho, por supuesto que con el consentimiento de ustedes y contando con la atención de tu marido. Quiere que su nieto tenga lo mejor que nosotros podamos ofrecerles.

Rosa se quedó pensativa:

—¿Les parece poco lo que tenemos?

—No, por favor, no es por eso, no lo tomen así, pero queremos lo mejor para el bebé.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Rosa directamente a Ricardo.

Ricardo se quedó pensativo un momento y dijo:

—Que sea como tú quieras...

—Muy bien, ¿cuándo quieren que nos mudemos? —preguntó Rosa.

—De ser posible hoy mismo —contestó la madre.

—Pero yo no salgo de aquí sin mi marido —aclaró Rosa.

—Por supuesto que no, será bienvenido en nuestra casa...

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó Rosa a Ricardo.

—Mira, no me parece lo ideal, aquí es nuestra casa y yo no puedo abandonar el consultorio. Pero si eso te hace feliz, vete con tus padres y en cuanto tengas las primeras contracciones mándame llamar y ahí estaré.

—¿Seguro?

—Seguro...

Rosa seleccionó su ropa, así como la ropita del bebé que habían ido comprando, y la colocó en la misma maleta con la que había llegado cuando su padre la echó de casa.

Se despidió de Ricardo con un beso, lo abrazó y le dijo:

—Muchas gracias, no sabes cómo aprecio tu apoyo. Te espero pronto...

Ricardo solo sonrió...

XXXVIII

El personaje en cuestión era considerado un consumado donjuán. Se trata de un hombre de unos treinta años, de estatura mediana, cabello rubio y rizado, ojos azules, piel tostada por el sol, delgado, fuerte, de buena apostura y mucha labia. En el pueblo se le conocía con el apodo de El Gavilán Pollero porque se robaba a cuanta jovencita le gustaba y luego la devolvía bien cargada. Tenía un regadero de hijos por toda la región. Cuando alguna de las familias agraviadas quería tomar cartas en el asunto por sus desmanes, él simplemente desaparecía de Puerto Marinero por varios días y a veces hasta por semanas y, cuando lo consideraba prudente, volvía como si nada, listo para robarse a su siguiente víctima.

Según sus propias palabras, los hechos habían ocurrido así:

—No me lo va a creer, doctor, pero yo no tenía dos viejas como tantos en este pueblo, yo tenía tres y las tres vivían conmigo, en mi casa. Qué casa chica ni qué nada, ahí las tenía a las tres, bien contentas y bien apaciguaditas y bailando a mi son. Me sentía como esos sultanes de los cuentos de hadas que tienen hartas mujeres, jóvenes y bonitas, y que siempre están bien dispuestas pa lo que se ofrezca. Yo ya había hablado con ellas y les había advertido: «a todas les voy a cumplir, pero eso sí, cada quien a su hora». Una de ellas se dedicaba a lavar la ropa de todos, la otra se hacía cargo de la comida y de la cocina, y la tercera se encargaba de la limpieza de la casa. Entre las tres cuidaban a los niños. Pero ya ve cómo es uno de malora, y había una jovencita que andaba muy jariosita conmigo, porque según ella quería darle unos picones a otra que también me traía echado el ojo. Así que se me hizo fácil y un día que me la llevo directamente a mi casa y total qué, si compartía con tres pues qué más daba una más, de que sean tres, pues que sean cuatro. Y así le hice: la metí a la casa y que me la llevo al cuarto, pero con tan mala suerte que una de ellas, la de la cocina, que se da cuenta de que ya andaba yo de alborotado con otra en la cama y sin decir agua va que se ponen de acuerdo y cuando estábamos en el mero atorón que abren la puerta y entre las tres me amarraron de los brazos y las piernas a la cama, dejándome totalmente desnudo e inmovilizado. A la otra la agarraron de las greñas, la raparon y la echaron para afuera, encuerada como andaba. «Y ora qué hacemos con este cabrón», que dice la cocinera con el cuchillo cebollero en la mano. «Vamos a caparlo pa que se le quite lo machito». «Sí», dijo la de la ropa, «pero no con el cuchillo, mejor vamos a caparlo a vueltas, como a los chivos de engorda». «No, no, no», dijo la cocinera, «vamos a cortarle la cosa pa que deje de andar de pitoloco. A ver tú», le pidió a la de la limpieza, «agárralo de la punta». Yo no sabía si hablaban en serio o solamente lo decían para espantarme. «Ya, muchachas ya, les prometo que no vuelvo a ver a esa pinche vieja, la verdad es que ni siquiera me gusta». Y no había acabado de decir eso cuando de repente me levantan el pito y ¡zaz! que me lo arrancan de cuajo. Saltó chico chisquetote de sangre y al verme como fuente y con las

manos y los pies amarrados a la cama dijeron: «Ora sí, canijo, nos vamos, total, si te mueres, bien merecido que te lo tienes», y que avientan mi pito hasta por allá y se echan a correr. Yo les gritaba que no me dejaran así, que me desataran, si no me iba a morir. Pero ellas juntaron rápido a sus niños, sacaron sus trapos y se largaron de la casa. Empecé a gritar para que alguien viniera en mi ayuda. Afortunadamente la chamaquita con la que estaba se había escondido en el patio de atrás porque no podía salir a la calle totalmente en cueros y fue ella la que me desató, y como pude vine a verlo.

Macho Viejo escuchó horrorizado y solo dijo:

—Pues mire, señor Gavilán, muy hombre no es el que tiene muchas mujeres, sino el que tiene una y la tiene feliz y contenta.

XXXIX

Fue varón con los ojos azules del abuelo Ernesto, de cerca de cuatro kilos, sin pelo, rubicundo y con potentes pulmones. A pesar de que muchos médicos se aterraron de encargarse del parto de su propio hijo, Ricardo atendió a Rosa con ayuda de Mamá Munda, que, después de asear y vestir al bebé, se lo dio a Rosa para que comiera, hasta que se quedó profundamente dormido. Tan pronto despertó, los abuelos se acercaron para conocer al niño que, lánguidamente, estiró los bracitos, movió las piernas, extendió sus largas manitas y finalmente abrió los ojos. El suegro de Ricardo no pudo resistir y exclamó:

—¡Que se llame Ernesto! ¡Tiene el mismo color de mis ojos!

Y ese fue el nombre que llevó el primer hijo de Ricardo, nacido en casa de los abuelos, como también, un par de años después, su hija, Rosa, como la madre y la abuela: Rosa. El bebé y la nueva mamá se quedaron cuarenta días en casa de los abuelos, para luego volver a la casita donde Ricardo ya había acondicionado otro cuarto para el bebé, pues bien sabía del dicho aquel que reza: «Nieto criado por la abuela no es bueno ni para la cazuela». Aun así, los fines de semana los pasaban en el rancho para que los abuelos disfrutaran de los nietos. Ricardo tenía muy claro que la obligación de todo padre es darle lo mejor a sus hijos.

XL

El mentado Gavilán ha quedado bajo la estricta vigilancia de Macho Viejo y a los pocos días cuál no será su sorpresa al revisarlo y notar que su miembro cicatrizaba bien. Inflamado y muy irritado, pero con circulación y los puntos en su lugar.

—¿Pudo orinar?

—Me ardió pero sí, logré mear, aunque con un poco de sangre...

—Mmmm... Tal parece que prendió, pero aún no cante victoria. De todos modos va a seguir bajo observación. Ahora, con mucho cuidado se va a dar ligerísimos masajes tres veces al día para que mejore la circulación.

En eso quedaron y el paciente sale caminando patiabierta y muy lento hacia el cuarto aledaño.

Macho Viejo lo mantiene todavía en observación un par de días, haciéndole curaciones, hasta que Gavilán le comenta que tiene mucha comezón.

—Comezón, sanazón —contesta Macho Viejo—. A ver descúbrete.

La inflamación y la irritación han cedido. Le cuesta trabajo reconocerlo, pero todo indica que una operación tan complicada como elemental había logrado salvarle el miembro al Gavilán Pollero.

—Ya te puedes ir a tu casa —le dice Macho Viejo—, pero más vale que ya te calmes, si no quieres que te vuelva a suceder lo mismo. Tuviste mucha suerte y esa fue solo una advertencia. La próxima vez quién sabe si vivas para contarlo.

—No tengo dinero, doctorcito. ¿Me aceptaría una ternerita que tengo en la casa como pago?

—¿Y cuánto vale tu ternera?

—Trescientos pesos.

Macho Viejo saca cien pesos y le dice:

—La operación te va a costar doscientos. Ten cien y tráemela cuando puedas aquí a la casa.

—¿Doscientos pesos, doctor? ¿Tan poco vale mi verga?

—Tu vida vale mucho más que eso, pero si sigues en esas andanzas terminará valiendo verga.

XLI

Día de muertos: de resurrección, del amor expandido a través del universo que regresa a la tierra durante pocas horas. ¿Debe ponerle una ofrenda a Rosa?, duda Macho Viejo con sentimientos ambiguos. Por un lado desea invocarla, vivir la ilusión de que esa noche volverá al mundo para reunirse con él a comer y beber lo que les gustaba, tal vez a brindarle parte de ese amor que le prodigó en vida. Pero sabe que no hay más mundo que este y que los muertos solo vuelven a nosotros en el recuerdo de los afectos perdidos. Cuando uno es joven jamás piensa en la muerte, salvo en la de otros, acaso porque entonces se goza de plena salud. La muerte se contempla como algo tan distante, tan lejano y ajeno a nuestros ímpetus que ni se nos ocurre que algún día dejaremos de existir. Pero a medida que transcurren los años y surgen los achaques, sentimos cómo la muerte que acecha se acerca a cada instante y que en el momento menos pensado puede asestar su golpe inmisericorde. Si acaso decide poner la ofrenda tendrá que ser antes del primero de noviembre, que es cuando se celebra a los muertos chiquitos, los santos inocentes. El día dos agregaría los tamales, el pan de yema y el de muerto, los atoles, el chocolate, el vino tinto, la cerveza y el mezcal que solían beber él y Rosa en momentos de intimidad.

En vez de ofrenda prefiere poner una fotografía de Rosa en la sala de la casa con un arco de flores alrededor y una botella de mezcal que se beberá para pensar en ella.

Durante la noche de muertos todas las familias de Puerto Marinero acostumbran dejar abiertas las puertas de su casa para que las almas de los difuntos transiten libremente por el pueblo, entrando y saliendo a la hora que les pegue la gana y por donde mejor les parezca. Esa noche la mayor parte de la gente comparte una rara sensación de emoción y temor, alegría y nostalgia, placer y añoranza de lo que puede ocurrir cuando sus difuntitos vuelven a la tierra, a consumir la esencia de los alimentos y bebidas que disponen en su honor y que los propios deudos disfrutarán. Así que Macho Viejo, a pesar de su escepticismo, se une a la tradición popular y deja abiertas las puertas de su casa. Pero antes de recluirse en sus habitaciones siente el anhelo de visitar a Papá David, que como él es viudo, para saludarlo y tomar una copa de mezcal recordando a sus esposas. Camina unas cuantas cuadras y ve el zaguán abierto de par en par de la casa de Papá David, a quien encuentra conversando con varios visitantes sentados en las mecedoras del corredor frente al patio. Beben animadamente mezcal mientras afuera se alcanzan a oír los cantos y tonadas provenientes del panteón. Macho Viejo siente un ligero mareo. No le hace mucho caso y se integra a departir con el resto del grupo; se sirve una copita de mezcal que lo reanima. Conversan sobre diversos asuntos, pero evitan aludir a sus esposas: no se presta el tema con tanta gente alrededor.

Cuando termina su trago se despide, le da un abrazo a Papá David y vuelve a casa. Se mete a bañar, se rasura, se arregla y se sienta solo frente a la fotografía de

Rosa. Se sirve otro mezcal. Siente sombras que lo rodean y lo miran de soslayo. En esa noche macabra y sepulcral, lo dominan sentimientos de amor y nostalgia: el espíritu de la juventud se le ha escapado y le parece que la mejor parte de los placeres de su existencia como hombre, dormir con sueño, comer con hambre y coger con ganas, se le van escapando poco a poco. Mira la fotografía de Rosa y la extraña, tanto a la mujer como a la compañera. Mira la botella de mezcal y ya no le apetece. Escucha un ruido. Se vuelve y no lo puede creer: es Lucero, la cervatilla que había salvado en el bosque: aparece brincando, contenta, sin miedo. Ha crecido, ya no tiene las pintitas blancas del lomo, que ahora es todo de color bayo. Sus ojos brillan más expresivos que nunca, cercados de irisadas pestañas. Su nariz es pequeña y húmeda, las orejas erguidas, alertas y expectantes, su pelambre, tersa y delicada, cubre las bien delineadas curvas de sus extremidades fuertes y elegantes que rematan en una grupa amplia, dura, firme, atractiva y generosa. Macho Viejo se echa un poco de sal de gusano con la que acompañaba el mezcal en la palma de la mano y se la ofrece a la hembra, que se acerca mansa, atraída a lamerlo, moviendo graciosamente sus orejitas y abanicando su blanca cola.

—¿Lucero? ¿O quién eres? ¿Rosa? ¿Qué haces aquí? ¿No ves que si te descubre algún malvado intentará matarte?

Pero el animalito parece no hacer caso de la admonición y sigue lamiendo la palma de la mano de Macho Viejo.

Espontáneamente, la cervatilla se dirige hacia la recámara. Sin saber por qué, Macho Viejo la sigue dócil. Ella se trepa sobre la cama, reclina sus patas delanteras sobre la almohada y se empina para ofrecerle, invitadora, su grupa. Macho Viejo se acerca a ella y sin pensarlo se abre la bragueta, y cuando se da cuenta está de pie cubriendo a la insinuante damita de cuatro patas. Acaricia sus ancas y su lomo, siente las cicatrices ya curadas del ataque que sufriera cuando la conoció. Mientras palpa sus rotundas ancas ve que tiene la piel más clara en la parte interna de su apretada y lubricada grupa. La hembra se las ingenia para hacerlo transitar por un sinfín de paisajes: bosques de cedros y caobas como en el que se habían conocido, un río plateado cuyas frescas aguas los transportan serenos rumbo al mar hasta descender por una gruta que los conduce a un paraje donde llueven lenguas de fuego. A partir de ahí no recuerda más. Cuando despierta al día siguiente, encuentra por la casa bolitas ovaladas de excremento negro de la venadita.

XLII

La inexplicable experiencia deja a Macho Viejo tan confundido que decide consultar a Papá David, quien a su vez le recomienda ver a un médico que lo examine y ausculte, aunque Macho Viejo también sea médico, porque acuérdate, le explica, que perro no come perro.

—¿Para qué? —responde Macho Viejo—. Después de todo lo que yo he visto en este mundo ya nada me sorprende, mucho menos me asusta.

—Es que uno nunca puede ver la viga en el ojo propio...

—¿Y entonces?

—Vaya a ver a mi amigo el doctor para que lo revise. Usted es más joven que yo, pero nunca sabe uno ni cuándo ni cómo empieza la enfermedad. Hay un cangrejo que vive agazapado dentro de nosotros y nos observa día a día y nadie sabe en qué momento saldrá de su guarida para atenazarnos, ni por dónde atacará ni cuándo. En los hombres le gusta nutrirse y cebarse de la próstata, el esófago, los pulmones, el hígado, el páncreas, el estómago, la vejiga, los intestinos, y a veces hasta el cerebro. Entre las mujeres, las mamas, la matriz, los ovarios, sin que eso signifique que no avance por otros órganos. Se mete también por las venas, arterias, nervios para causar todo tipo de desperfectos, sean de la mente o del corazón. Cómo le gusta atizar la neumonía, en la que desembocan tantas enfermedades, mete el paludismo y castiga con la cirrosis, la diabetes, las enfermedades renales, la asfixia y la demencia senil. Y si tenemos la suerte de sufrir una muerte súbita, nos acabará la cuchillada trapera, el machete vengativo, el disparo certero, el choque inesperado, el accidente brutal, el tiburón sigiloso, o simplemente para que las apáticas estrellas se olviden de nosotros y nos lleven a morir de esa condición miserable que se llama «de viejo». Cuando a César le preguntaron cómo quería morir, pidió una muerte rápida y así se la concedieron los dioses. A unos les toca morir poco a poco, pero nadie elige su fin, porque la muerte jamás pide permiso.

—¿A qué médico me recomienda? ¿Cómo se llama?

—Mi amigo se llama Víctor Manuel Espinosa. Es un médico brillante y confiable, con mucha experiencia y gran intuición, aunque un poco estricto y a veces regañón, y si él acaso no puede atenderlo, le sugiero que vea a su hijo Enrique, tan bueno o mejor, aunque con menos experiencia.

—De acuerdo. ¿Y ahora qué?

—Yo le aviso. Yo me comunico con él, le hago la cita y usted irá a verlo a su consultorio en la ciudad de Oaxaca, donde él le hará su diagnóstico, y ya luego hablamos.

XLIII

Transcurre el mes de noviembre. Papá David le comunica que le dieron cita para poco antes de las fiestas navideñas, el 8 de diciembre. Hay que presentarse en ayunas y con unas muestras de materias fecales y orina a las 6 de la mañana en el consultorio del doctor Espinosa en la ciudad de Oaxaca.

Disciplinado como es, Macho Viejo llega puntual y con todos los requisitos solicitados.

El doctor Espinosa, un hombre mayor, de cabello tupido y barba blanca en forma de candado, nariz aguileña, ojos alertas e inquisitivos, boca pequeña, de buena estatura y vestido impecablemente, lo recibe con su bata blanca.

—Dígame en qué le puedo servir.

Macho Viejo le habla de lo que le sucedió el día de muertos y de los mareos y dolores de cabeza que ha empezado a sufrir desde el día que fue a depositar a Isaías en el fondo del mar.

El doctor Espinosa lo escucha atento y anotando sin hacer mayor comentario de los síntomas descritos. Cuando Macho Viejo termina de hablar le dice:

—A ver, abra la boca y diga ahhh.

—Ahhh.

—Mmmhh... tiene la lengua un poco pastosa. ¿Padece sed frecuente?

—Sí, pero tomo mucha agua...

Le toca los ganglios del cuello, le da un vaso de agua y le pide que tome un trago y él aprovecha para palparle la tiroides; le toma el pulso y le mide la presión:

—Lo encuentro hipertenso, doctor, su presión es de 110/190. Vamos a ver: quítese la camisa, desabróchese el cinturón y bájese un poco los pantalones —el doctor Espinosa empezó a examinarle el vientre y a palpar el hígado—. ¿Bebe usted?

—Sí, doctor.

—¿Qué acostumbra tomar?

—Pues cerveza y mezcal, lo único que se consigue por los rumbos donde vivo, doctor, además no alcanza para otra cosa...

—Mmmm...

—¿Y cuántos mezcales se toma usted?

—Diario, doctor, eso sí siempre después de la consulta...

—¿Cuántos?

—Dos antes de la comida...

—Mmmmh, no está mal, le abre el apetito y además es vasodilatador...

—¿Alguna otra molestia cotidiana, además de lo que ya me contó?

—Un poco de insomnio... Sabe, me duermo sin problema y al cabo de unas horas despierto sin sueño... y luego nada más dormito pensando y preocupándome por cosas que no siempre valen la pena.

—¿Cómo orina? ¿Buen chorro o como regadera?

—Antes orinaba en chorro fuerte, ahora con menos presión.

—En la noche, ¿cuántas veces se levanta al baño?

—Depende, doctor, pero dos o tres, a veces hasta más.

—Mmmmh... a medida que uno envejece lo primero que empieza a fallar son las cañerías. ¿Come bien, doctor?

—Con moderación, pero disfruto la comida.

—Somos lo que comemos, ¿qué come usted?

—Lo que me pongan enfrente.

—¿Chicharrón, frituras, carnes rojas, barbacoa, vísceras, grasas?

—Cuando la ocasión lo amerita, doctor, pero por lo general como sano: pollo, pescado, fruta, de vez en cuando carne de cerdo y res, pero sin exagerar...

—¿Algún alimento que le caiga pesado?

—Las calabazas, no me gustan ni en verdura.

El doctor sonríe.

—Trato de comer de acuerdo con lo que pide mi cuerpo.

—Hay que saberle dar gusto a lo que nos pide, no hay por qué ser tan exagerados... ¿Y su vida sexual?

—Soy viudo, doctor.

—¿Pero tiene apetito?

—Sí, doctor, aunque me parece que ha ido disminuyendo con los años, y el otro día...

Macho viejo le relató la experiencia con Lucero. El doctor Espinosa se quedó pensando.

—Dígame, ¿hace cuánto que murió su esposa?

—Diez años, doctor.

—¿De qué murió?

—Cáncer en el colon.

—¿Qué edad tenía?

—Cincuenta años.

La sola mención a la muerte de Rosa lo hace recordar ese trago amargo.

—¿Cómo se le manifestó?

—Un día me comentó que había obrado sangre...

—¿Y qué hizo usted?

—Me asusté y quise llevarla al médico, pero ella me disuadió diciendo que no me alarmara, que ya le había pasado antes y que después de unos días se le quitaba...

—¿Y qué sucedió?

—Que cuando aceptó entrar al tratamiento ya era demasiado tarde...

—Lástima. El mismo día en que le dijo lo de las hemorragias debió haberse internado. Si lo hubiera hecho, tal vez seguiría viva... ¿Tiene hijos?

—Sí, doctor, dos: un varón y una chica, ambos casados.

—¿Viven con usted?

—No, doctor, ambos viven en el extranjero, él en Estados Unidos y ella en Alemania. Solo los veo de vez en cuando.

—¿Y usted, qué edad tiene?

—Sesenta y cinco años, doctor.

—¿Tiene amigos?

—Cada vez menos, doctor, algunos murieron ya, he perdido a otros por haberlos dejado de ver, porque la vida nos ha separado, y otros más, muy pocos, por celos, envidias o desacuerdos, pero por lo general me precio de haber sabido conservar a mis amigos, entre otras razones porque no poseo la virtud de la envidia. Contra lo que uno piensa, la auténtica amistad es un arte, y un arte muy delicado. Conservar una amistad es cuestión de aprecio, respeto mutuo, esfuerzo, paciencia y tolerancia. Intento procurar a mis amigos lo más que puedo, me gusta admirarlos y sentirme orgulloso de ellos y de nuestros vínculos. Nunca me he negado a hacer nuevas amistades... Lo único que pido a cambio a mis amigos es la verdad, el afecto, la reciprocidad y que no caigamos en resentimientos... Amigo que no se alegra de lo que le pasa al otro para su bien, no es amigo.

—La principal desgracia de los hombres y mujeres mayores sobreviene con la soledad. Es muy raro que una pareja llegue junta a la vejez. Inevitablemente uno se va antes que el otro, por lo general el hombre, pero a veces, como en su caso, se va primero ella... ¿De qué murieron sus padres y a qué edad?

—Mi padre murió a los 57, cáncer en la próstata.

—¿Y su madre?

—Ella vivió hasta los setenta y murió de una embolia. Padecía de presión alta.

—La carga genética es muy importante para hacer un buen diagnóstico. Voy a revisar su próstata —se puso unos guantes de hule y Macho Viejo se recostó en la mesa de exploración—. Ya sabe usted cómo es esto. Le va a molestar un poco sentir un reflejo de evacuación, pero hay que aguantar un momento.

El doctor procede en lo que a Macho Viejo le parece una eternidad, pues además de dolor siente unas insoportables ganas de defecar. Macho Viejo conoce bien las bromas nerviosas que todos los hombres hacen cuando son sometidos a semejante prueba, pero nunca le había tocado ser el paciente.

—Bien, ya puede incorporarse —dijo el doctor Espinosa mientras se quitaba los guantes—. En efecto, tiene la próstata un poco crecida y también un poco dura. Hágase unos análisis de antígeno prostático para saber exactamente en qué nivel se encuentra, así como una biometría hemática en la que le voy a señalar los estudios que debe hacerse.

—¿Cree que necesite cirugía?

—No lo sé, vamos a esperar el resultado de los análisis. No se le olvide que la próstata es la revancha y el consuelo que les dio Dios a las mujeres para compensar sus problemas de senos y matriz... Observo que está usted fuerte, ¿qué deporte

practica?

—Me gusta bucear, doctor.

—¿Cada cuándo?

—Dos o tres veces a la semana... a veces más, cuando no me lo impide el trabajo.

—Ya entró usted en la tercera edad y es natural que tenga algunos achaques. Su presión alta puede deberse, en buena parte, al buceo. Pero por lo pronto baje su consumo de sal.

—¿Tengo que dejar la bebida?

—No necesariamente. La cerveza no es problema porque está elaborada con agua hervida, productos naturales y no contiene sodio. Puede tomar cerveza, vino y sus dos copitas de mezcal, pero ni una más. Modérese con las grasas, la piel de animales y las carnes rojas, pero en compañía de amigos y si se le apetece, dese el gusto sin exagerar.

—Mire, doctor, como colega y espero que amigo a partir de hoy, siempre he creído que la salud es como el dinero: se usa cuando hay y cuando empieza a escasear se empieza a administrar y se ahorra. No quiero llegar a la muerte sano, pero muerto en vida, doctor... prefiero llegar vivo y haber disfrutado aunque pague las consecuencias. Pero esté usted seguro de que, a partir de ahora, seguiré sus indicaciones.

—No está mal —dijo el doctor Espinosa y sonrió por segunda vez—. Vamos a averiguar qué tal van esos ahorros y qué tanto puede usted seguir gastando. Usted y yo sabemos que nuestros pacientes no nos obedecen a nosotros como médicos sino a los padecimientos de su propia enfermedad: son ellos los que los convencen de seguir los tratamientos. Hágase sus análisis y venga a verme cuando le den los resultados, estoy a sus órdenes, doctor Villamonte, y saludeme mucho por favor a Papá David.

XLIV

La sola mención de la muerte de Rosa lo hace recordar ese trago amargo: Macho Viejo, efectivamente, sospechó lo peor pero no hubo forma de convencerla de que se sometiera al tratamiento. ¡Maldito pudor, no quería que la desvistieran, que la tocaran! Llegó a tanto su insistencia que ella le dejó de hablar. Que nadie se muere en la víspera, que cuando te toca te toca, ni hablar, pero en el caso de Rosa, cuando se pierde el tiempo la muerte no es un acto de Dios sino el triunfo de la negligencia.

Pero a ver, Macho Viejo, dime: ¿fuiste feliz en tu matrimonio? ¿Amaste? ¿Fuiste amado? ¿Valió la pena todo lo que hiciste para casarte con Rosa? Macho Viejo lo piensa con la certeza de que en la vida nada es fácil, ni siquiera el amor, uno de sus más hermosos alicientes. Empieza como un placer, una atracción espontánea, involuntaria, un deseo irresistible, incontrolable, que no depende de nosotros y que casi siempre llega de improviso; es un juego simultáneamente delicioso y arriesgado. Hacer el amor es uno de los mejores regalos que recibe el ser humano durante la vida. Y no existe mejor prueba de que amas a una mujer que desear permanecer a su lado después de hacer el amor sin aburrirte ni querer huir, con el deseo de seguirte comunicando con ella para saber qué pasa por su mente en busca de la comunión interna. Pero, ¡ay!, con el tiempo y la costumbre todo se transforma y la pasión pierde intensidad. Y es que a una mujer nunca se le conoce lo suficiente sino hasta que uno se casa con ella y a veces ni así, pero lo mismo sucede con el hombre. El amor se transforma con el tiempo para convertirse en trabajo y hay que invertirle paciencia, tolerancia, entusiasmo, fe, constancia, todo lo cual funciona como antídoto, en dosis fuertes, para que la relación no se enferme de abulia a consecuencia de la rutina y víctima del fastidio y la indiferencia.

¿Pero dime, Macho Viejo: le fuiste fiel a Rosa? Mientras estuve casado con ella le fui fiel en cuerpo, pero no siempre mentalmente. Y mucho me temo que a ella le pasó igual. Los hombres nos dejamos guiar por el atractivo físico mientras las mujeres se inclinan hacia lo sentimental y lo afectivo. Los hombres nos enamoramos de las apariencias, las mujeres de las experiencias. Los hombres de rostros y cuerpos, las mujeres, de la seguridad, el carácter y la personalidad.

Tratándose de amistad, amor, hijos y matrimonio, quedamos siempre en manos de los otros sin posibilidades de controlar los sentimientos ajenos. Nos volvemos enemigos de quienes fueron nuestros mejores amigos; nuestros hijos nos olvidan, nos abandonan, incluso nos traicionan y a veces llegamos a odiar a quienes más amábamos. A los hijos hay que darles todo, sean buenos o malos. Uno los trae al mundo pensando que saldrán a imagen y semejanza nuestra y resulta que con el tiempo se convierten en completos extraños, como lo fuimos nosotros frente a nuestros padres. Los hijos son nuestros pero nosotros no somos de ellos. Los amamos y les deseamos lo mejor porque quisimos infundir la vida. Sin embargo, no podemos

decidir su destino. Hay ocasiones en que los ves dirigirse a un abismo y tratas de advertirles: ¡Cuidado! Si caminas por ahí te puedes desbarrancar... ¿Y qué hacer si a pesar de todo insisten en continuar rumbo al vacío? ¿Te interpones en su camino? Te darán un empujón y proseguirán su marcha sin considerar que lo único que intentas es evitarles un mal. Y a pesar de ello, hay que prevenirlos para que algún día no te reclamen: ¿por qué no me lo dijiste? Las relaciones que asumimos de por vida acaban irremediablemente en la separación o la muerte, a veces hasta en la desgracia. Uno se niega a aceptar la ausencia del otro y nadie sabe quién partirá primero. Un ser humano no vive para sí mismo, sino encadenado a otros. Cuando los que amamos nos abandonan, se enferman o mueren, los contemplamos en su verdadera magnitud. A veces enaltecida, a veces degradada. Lo único que perdura en esta vida y nos justifica ante ella es la constancia, la entrega y la intensidad de nuestros afectos y de nuestras convicciones.

Pero dime, Macho Viejo: ¿no te sientes solo? Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo porque es entonces cuando me permito volver al pasado y a los recuerdos, a los afectos que en nosotros se placían y que, de algún modo, se integraron a mi vida, y por lo mismo se convierten en un gran aliciente. Somos nuestro pasado, y por ello recordar cómo se desplegó la intensidad de la existencia en diferentes momentos y circunstancias resulta no solo placentero, sino estimulante. No creo en los fantasmas, pero así como con un telescopio se alcanzan a ver los fantasmas de estrellas que ya están muertas, así nosotros, a veces, al recordar a las personas que amamos ellas logran reaparecer en nuestros corazones. Desde que Rosa murió, y aun antes, he sostenido un constante diálogo con ella y en algunas ocasiones ha logrado comunicarme algo. Se trata de un diálogo interno y personal en el que a través de los recuerdos me introduzco en su mente para elucidar qué hubiera opinado ella sobre tales o cuales temas. Ante algún problema, muchas veces me parece que la estoy oyendo hablar. Y cuando tengo dudas, me pregunto qué me hubiera dicho ella, qué hubiera opinado. Sin embargo, pocas veces voy al cementerio. La quise mientras vivió. La soledad, como decisión personal, puede ser agradable, pero la soledad obligada resulta dolorosa. A veces, cuando recordamos los momentos felices del pasado, descubrimos que no fueron necesariamente tales y aun los que antaño identificamos como momentos infelices, en perspectiva resultaron finalmente buenos. Nunca sabemos bien a bien el efecto final de nuestros actos. Pero acaso la soledad más terrible es la inmensa soledad de los viejos: «No me llores pobre», dice el dicho, «llórame solo».

¿Extrañas a Rosa? Sí, claro que la extraño, y pienso que fui feliz con ella, porque en el balance hubo más tiempos buenos que malos. Es mejor estar casado que no estarlo, es mejor amar que ser amado. Un hombre no acaba de serlo hasta que disfruta y sufre a la esposa, a los hijos y a la familia política. Algunos dicen que la mujer es necesaria, aunque sea para pelear.

Confiesa, Macho Viejo: ¿alguna vez sufriste el gatillazo? Claro que lo he

padecido y no deja de ser algo tan sorprendente como desconcertante y vergonzoso. Las veleidades del cuerpo humano son tan inesperadas que de pronto te excitas sin proponértelo y a veces simplemente no puedes responder. Lo más inexplicable es la gratuidad. Cuando eres joven e inexperto te levantas con el sexo erecto sin sentir necesariamente deseo, simplemente te sucede como ocurre a veces al vaivén de un autobús. En ocasiones una erección puede resultar sumamente embarazosa y comprometedora, al grado de que cuando eras adolescente para ir a los bailes te ponías traje de baño, entonces elásticos y pegados al cuerpo, para que no se sintiera ni se notara tu excitación cuando bailabas con una chica. Pobre de ti, si hubieras sabido entonces lo que sabes ahora... Pero el gatillazo es ignominioso y traicionero. Puedes desear física y mentalmente a una mujer y de repente tu miembro se niega a responder. ¿Por qué? Es obvio que no tiene que ver con la voluntad, pero el hombre se siente humillado y la mujer ofendida. Uno por creer que le falta virilidad y ella por no sentirse lo suficientemente femenina. Pero la verga, veleidosa y traicionera, posee también la capacidad de recuperarse y de pronto vuelve a estar viva y enhiesta. Por eso cuando se niega a reaccionar significa que de momento no le pega la gana levantarse, como si no fuera parte de nuestro cuerpo, y hay que asumirlo con gallardía y sin complejos. Cuando era joven y pensaba en la vejez yo creía que la falta de deseo sexual sería un alivio, un aliciente. Pero no, me equivoqué. Ahora que he llegado a esta edad sé que uno se acostumbra a lo bueno, a lo bello, a lo deseable, y cuando todo eso se va uno lo extraña y lo anhela. El deseo permanece a pesar de los embates del cuerpo. Me duele no ejercer debidamente mi virilidad y la pregunta que me hago cuando admiro a una mujer es: ¿y si me dijera que sí?, ¿qué haría con ella? ¿Será que como todo en la vida: nada es ni justo ni injusto sino que a veces las cosas simplemente suceden?

XLV

Atender al Gavilán junto con el resto de sus pacientes, que no son pocos, mantiene tenso y ocupado a Macho Viejo durante los días previos a la Navidad. Debido a lo delicado del caso se ve en la necesidad de posponer la cita que había hecho con el doctor Espinosa para que lo diagnosticara hasta después de los festejos decembrinos. Macho Viejo sabe que debe hacerse sus análisis en la ciudad de Antequera para presentárselos lo antes posible a su colega. Tendría que ser antes de Navidad para empezar el tratamiento una vez que su paciente mutilado saliera de peligro.

Cuando por fin lo da de alta se siente satisfecho con su labor y el Gavilán se retira a casa más que agradecido y por lo pronto sin las tres mujeres que causaron su desgracia. Mientras lo ve alejarse, Macho Viejo recuerda la escena que presenció en un rancho de la comarca donde el pastor de un rebaño de cabras ataba al macho alfa a un poste para que los otros machos se cruzaran libremente con las cabras ante la furia y desesperación del alfa, que quería acabar con ellos para impedir que disfrutaran de sus hembras. Tal vez así será la convalecencia del Gavilán: a sentar cabeza mientras se recupera. Cuando desaparece de su vista, Macho Viejo experimenta un leve malestar que pasa por alto y vuelve a su consultorio a seguir atendiendo a sus múltiples pacientes.

XLVI

Esa noche se acuesta temprano, pero se siente muy inquieto y apenas logra conciliar el sueño por momentos. Se levanta casi de madrugada. Se baña, se rasura y va a desayunar a La Conchita. Regresa al consultorio y, como a las diez de la mañana, siente mareos, la cabeza entumida, como si le fuera a estallar, y una intensa náusea. Le falta aire. Teme desvanecerse. Se acerca al camastro y se deja caer para entrar en un profundo letargo.

De repente escucha que alguien le habla: «Suba», lo conmina un viejo de extraña apariencia: barba larga e hirsuta, sin más ropa que una túnica roída y sucia amarrada al hombro, que lo mira con ojos inquisitivos y penetrantes. El viejo se encuentra a bordo de una barca con una pértiga en las manos a manera de remo. Macho Viejo mira a su alrededor y descubre que se encuentra rodeado de agua, pero no es el mar lo que contempla sino un lago o laguna de oscuras aguas muy quietas y extensas. En la orilla hay mucha gente, pero el viejo no les hace caso y solo repara en él. «Suba, por favor», insiste mirándolo a los ojos. Macho Viejo duda: «¿Qué lago es este?» «¿A dónde pretende llevarme?» «A las sombras, al sueño, a la noche», contesta el viejo. «Me gustaría ver a mis hijos antes.» «A sus hijos ya les dio lo que les correspondía para labrar su vida. Su esposa se fue hace años, usted no tiene casa por terminar ni enemigo del que vengarse, amores que procurar, ni deudas que pagar, suba, por favor, venga conmigo. Usted ya hizo su vida como médico y como hombre. Le han dicho viejo pero no haga caso, la vejez, para los dioses, es de color verde.»

Macho Viejo reflexiona un instante y sube a la lancha. Mira a su alrededor y en ese momento descubre la enorme pequeñez de su persona ante la inmensidad de la oscura laguna y del mundo: qué poco importamos frente a la vastedad del universo. *Tu propia vanidad se burla de ti y sientes miedo, Macho Viejo, lo reconoces. Miedo. Eres menos que nada, si acaso una partícula insignificante en la infinitud del cosmos. Contrario a lo que siempre pensaste, te encuentras absolutamente solo, solo, más solo que el pequeño, indefenso e insignificante planeta Tierra y todos sus habitantes juntos: pasados, presentes y futuros. Nadie acudirá en tu ayuda. Sabes que nuestro inevitable destino es la muerte, y aunque con tu oficio trataste de combatirla durante tu vida, bien sabías que terminarías convirtiéndote en su víctima.*

El bote avanza. Te hundes en las pesadas aguas negras de la laguna y, a pesar de la oscuridad, alcanzas a distinguir, en la lejanía, a Isaías. Poco a poco se te acerca y descubres que te mira con ojos de misericordia. Lo sigues. En el trayecto te encuentras con Ciro, con Trueno, con Lucero y finalmente con Rosa.

Pero el tiempo es el tiempo, tan solo tiempo, y tiempo es, en esencia, lo que se nos concede en este mundo terrenal: tiempo somos, tiempo huidizo y fugitivo, tiempo por venir y tiempo transcurrido, y a ti, Macho Viejo, ya se te acabó el tiempo, se te gastó: siempre fuiste un viandante, te adentras en plena oscuridad hacia esa nada que

a todos nos aguarda y nos confunde y, a pesar de ello, avanzas contento, agradecido, luminoso. Ahora sí: estás solo, completamente solo.

Esta obra está inspirada en los tres volúmenes de Roberto Cortés Tejeda titulados *Puerto Escondido, narraciones y vivencias del Viejo* (1992), *Las historias del Viejo de Puerto Escondido* (1993) y *Puerto Escondido: Había una vez un Paraíso* (1997). Agradezco a Tomás Arnábal el habérmelos proporcionado, así como a Alejandro MacGregor Calleja, a Alejandro MacGregor González y a Enrique Pino Castilla por las conversaciones que hemos sostenido sobre el tema.